

## Trabajo Fin de Grado

# El poder de la palabra escrita en el Imperio Medio egipcio: la figura del escriba

The power of the written word in the Middle Kingdom  
of Egypt: the figure of the scribe

Autora

Claudia Calvo Hernando

Director

Dr. Gabriel Sopeña Genzor

«He visto a los que han sido apaleados. ¡Apícate a los libros! He visto a los que fueron llamados al trabajo. Mira, nada hay mejor que los libros; son como un barco en el agua. [...] Mira, no hay una profesión que esté libre de director, excepto el escriba. Él es el jefe.»

*Sátira de los Oficios* (SERRANO DELGADO, 1993: 221-224)

## **Resumen:**

La labor de la figura del escriba posibilitó la pervivencia de la civilización egipcia durante sus más de 3000 años de historia, pero también concedió la posibilidad de que pudiese ser conocida en la actualidad. Los escribas, no sólo pusieron en funcionamiento los principales mecanismos de la sociedad egipcia, también fueron los encargados de guardar la memoria del país. La diversidad de esferas en las que su presencia resultaba ineludible manifiesta la relevancia de su figura, planteamiento decisivo para el desarrollo del presente trabajo, el cual centra su atención en el Imperio Medio egipcio -por ser conocido este como un período de confianza en la escritura- con la finalidad de concienciar al lector sobre la importancia de los escribas y de la cultura escrita en los principales ámbitos que conformaban la vida de los egipcios.

**Palabras clave:** Escriba, escritura, Imperio Medio, legitimación, centralización.

# ÍNDICE

<b>1. INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>6</b>
<b>2. ESCRITURA Y PODER EN EL ANTIGUO EGIPTO.....</b>	<b>10</b>
<b>3. EL IMPERIO MEDIO EGIPCIO: CENTRALIZACIÓN DEL PODER Y NECESIDADES ESCRIBALES.....</b>	<b>13</b>
<b>4. LA FIGURA DEL ESCRIBA .....</b>	<b>18</b>
<b>4.1 NECESIDADES ESCRITAS ADMINISTRATIVAS .....</b>	<b>18</b>
*Gestión y control de la tierra y ganadería .....	19
*Comercio y expediciones .....	21
*Construcción .....	22
*Labores archivísticas y correspondencia.....	23
*Conocimiento matemático .....	24
<b>4.2 CULTURA LITERARIA: PROPAGANDA Y REFUERZO DEL PODER FARAÓNICO.....</b>	<b>25</b>
<b>4.3 LA EDUCACIÓN EN LA LECTOESCRITURA .....</b>	<b>29</b>
<b>4.4 UNA POSICIÓN PRIVILEGIADA: LA CONDICIÓN SOCIAL DEL ESCRIBA .....</b>	<b>33</b>
* <i>La Sátira de los Oficios .....</i>	<i>35</i>
<b>4.5 RELEVANCIA ESCRITA EN LA ESFERA RELIGIOSA .....</b>	<b>37</b>
*La «Casa de la Vida» .....	38

<b>4.6 EL ESCRIBA: EL ARTE DE SABER LEER Y ESCRIBIR .....</b>	<b>40</b>
<b>5. CONCLUSIÓN .....</b>	<b>45</b>
<b>6. BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>47</b>
<b>7. ANEXO .....</b>	<b>52</b>

## 1. INTRODUCCIÓN

El trabajo presentado a continuación es un estudio sobre la relevancia que la figura del escriba y por ende la escritura poseyeron durante el intervalo temporal de la historia del Egipto faraónico conocido como: «Reino Medio» o «Imperio Medio» (2040-1650 a. C.). Adentrarse en el conocimiento de esta figura comporta examinar los diferentes ámbitos en los que su papel resulta imprescindible para el funcionamiento de éstos.

A la hora de analizar la figura del escriba, como ha sido una entidad imprescindible en el mantenimiento y gestión del país durante toda la historia del Antiguo Egipto, los estudios relacionados con ella tienden a inclinarse por su relevancia en el terreno administrativo, del cual formaba incuestionablemente parte esencial. No obstante, se debe tener en cuenta que su labor no sólo quedaba restringida a esta esfera. De hecho, durante el período temporal seleccionado para su estudio, dos ámbitos diferentes -educativo y literario- estimaron indispensable su presencia.

En el transcurrir del Imperio Medio egipcio, la figura del escriba y la escritura tuvieron un papel fundamental para la persecución de dos fines: por un lado, alcanzar la estabilidad interna del país y por otro, lograr la reinstauración de la monarquía unitaria del estado faraónico, quebrada tras la convulsa fase acontecida previamente conocida como «Primer Período Intermedio» (2150-2040 a. C.). Sobre esta base, en el cuerpo del presente trabajo se analizará, de forma detenida, la importancia del escriba en los ámbitos ya mencionados -administrativo, educativo y literario- en relación con la relevancia que adquiere su actividad en ellos durante el intervalo de tiempo nombrado; pero también se estudiarán otras esferas donde era observable la significación de su figura.

La elección del tema propuesto guarda relación con un interés personal por la cultura escrita egipcia y, más concretamente, con una significación concedida a la escritura como medio de conocimiento y comunicación imprescindible sin el cual, hoy en día, sería imposible haber conservado nociones sobre el fundamento de cualquier cultura o sociedad que vivió en un tiempo anterior al presente. Por tal razón tiende a considerarse que la aparición de la escritura marca el inicio de la historia, el comienzo de la posibilidad de registrar el mundo conocido.

Lo escrito, preserva nuestra memoria del olvido. La escritura egipcia tiene sus orígenes en las últimas décadas del IV milenio a. C. ligada a la administración y el culto (CERVELLÓ, 2015: 225). Para los egipcios, la escritura era algo sagrado, había sido obra de Thot, dios de la

sabiduría y los signos jeroglíficos eran considerados como la lengua sagrada de los dioses, como indica el propio nombre que le dieron los griegos. La escritura por ello se convirtió en una de las habilidades más importantes del Antiguo Egipto, haciendo del escriba la columna vertebral de la civilización egipcia puesto que era el encargado de guardar la memoria de los egipcios en el transcurrir de su historia. Como recuerda Henk Te Velde (1986: 253-63): «El papel del escriba hizo posible la existencia misma del Antiguo Egipto». El legado transmitido por esta figura se considera la principal fuente de información disponible para el estudio y comprensión de la civilización del Antiguo Egipto. Por consiguiente, resulta imprescindible conocer su labor en profundidad.

Respecto a la estructuración del trabajo, se ha considerado relevante en primer lugar, realizar un breve inciso sobre la relación existente entre escritura y poder, perfectamente observable y casi inmutable -con matices- a lo largo de la historia del Antiguo Egipto. La escritura estuvo siempre reservada a círculos restringidos, no fue concebida como instrumento práctico al alcance de todos. Idea esta que enlaza directamente con la percepción de la figura del escriba como colectivo minoritario que posee la capacidad de escribir y también con el uso que la monarquía faraónica durante el Imperio Medio hizo de la cultura escrita para consolidar su poder. Relacionado con esto último se ha considerado interesante realizar en segundo lugar, un breve inciso acerca de los cambios que estimularon la creciente relevancia que adquirió la escritura y por consiguiente la figura del escriba en el Imperio Medio egipcio. El tercer y último punto que completa el cuerpo del presente trabajo aparece estructurado en diversos apartados, identificados bajo criterio personal con las diferentes esferas en las que la labor del escriba desempeñó un papel fundamental para su funcionamiento, comenzando por las más relevantes para el período temporal escogido.

Por ser una de las entidades que dominaban el Antiguo Egipto, dirigiendo la sociedad en su conjunto, resultaría interesante realizar una evolución detallada sobre la figura del escriba en los diversos ámbitos donde resulta posible apreciar su influencia durante los más de 3000 años de desarrollo que presenta la civilización egipcia, puesto que existen referencias evidentes sobre su existencia en todos los períodos. Sin embargo, esta propuesta excedería el cometido encomendado. Por lo tanto, se ha decidido establecer límites temporales en su estudio, centrando la atención exclusivamente, como se ha indicado al comienzo del presente apartado, en el Imperio Medio.

La decisión sobre el estudio de la figura del escriba en este intervalo temporal responde, principalmente, a una valoración acerca de la relevancia de su papel y de la escritura durante

dicho período, donde se evidencia en primer lugar, un esplendor en la cultura escrita egipcia. En los primeros tiempos del Estado, la escritura había sido reservada para fines administrativos y religiosos, situación que se vería alterada precisamente a partir del Imperio Medio consecuencia de un auge de la escritura y de los textos escritos. Los mismos egipcios fueron los que representaron y elevaron esta época a una edad de oro en la tradición escrita egipcia. Por otro lado, también se evidencia una apertura en el acceso al aprendizaje de la cultura escrita. Una capa más amplia de la sociedad pudo acceder a ella, dejando de lado la privacidad educativa que caracterizaba al Imperio Antiguo.

Cabe añadir que, el hecho de centrar la atención en un período temporal concreto tiene la intención de evitar mostrar una imagen del Antiguo Egipto como una sociedad inmóvil, permitiendo observar algunos cambios que se desarrollaron en esta figura y en los diferentes ámbitos de su influencia respecto a otros períodos. Las instituciones, creencias, técnicas etc. no permanecen inmutables al paso del tiempo, al igual que tampoco lo hizo la importancia del escriba, que fue en aumento largo de la historia, llegando a ser imprescindible durante la dinastía XII como arma de autoridad faraónica.

El presente trabajo se ha llevado a cabo a través del uso de una bibliografía que abarca por un lado manuales y por otro, estudios más específicos. En relación con el tema específico propuesto se ha de tener en consideración la parquedad informativa de las fuentes conservadas. La escasa supervivencia de obras de cultura egipcia respecto a la enorme producción artística, literaria, administrativa etc., -además del reducido número de restos materiales egipcios en los que aparece mencionada la figura del escriba-, comporta dificultades a la hora de su estudio. Respecto a las fuentes literarias, se deberá tener en cuenta que los testimonios conservados proporcionan evidencias de una porción muy pequeña de la población, los cuales en ocasiones aportan datos fiables pero también pueden dar lugar a elucubraciones. La arqueología, por su parte, resulta útil en el estudio de la figura del escriba, sobre todo gracias a las tumbas de altos mandos de la administración del Antiguo Egipto -donde se encuentran referencias a cargos de escriba-, a los utensilios que usaban para ejercer su labor y también a las representaciones estatarias.

Tomando esto en consideración, las obras generales consultadas han aportado nociones útiles para el estudio de cada uno de los apartados en los que se divide el presente trabajo, permitiendo establecer a partir de ellas la columna que lo vertebral. Entre los autores leídos cabe destacar, por el mayor aporte informativo de sus obras: P. Montet, J. Padró y F. Daumas. Sumados a éstos y necesarios para analizar el período de tiempo escogido, aparecen los estudios

esenciales de J. Assmann y J.M. Parra Ortiz, publicados en el presente siglo y cuya consulta permite configurar una visión sobre cómo se desarrolló social, económica y políticamente el Imperio Medio.

Respecto a los estudios específicos, se podrían clasificar tomando como criterio los asuntos que conciernen a los principales puntos del trabajo. Centrando la atención en la figura del escriba, se encuentran obras que dedican un espacio exclusivamente a su estudio como: *El Hombre Egipcio* de S. Donadoni, *Les scribes dans la société égyptienne de l'Ancien Empire* de P. Piacentini; y una obra recientemente publicada por N. Allon y H. Navratilova: *Ancient Egyptian Scribes*. También destacan autores como F. Daumas o J. Kemp, cuyos estudios sobre la civilización egipcia mencionan en diversas ocasiones y, relacionada con diversos ámbitos de estudio, la importancia de la figura del escriba. Para la esfera administrativa resulta esencial la consulta de *Las matemáticas en el Antiguo Egipto* de Carlos Maza Gómez. En relación con la esfera literaria, se han consultado autores imprescindibles como: M. Lichtheim, K. Kelly Simpson, J. M. Serrano, cuyas obras han permitido disponer de un número relevante de material textual a partir del cual poder obtener nociones tanto del contexto temporal como también cultural, político, social y religioso en el que analizar la figura del escriba. Por su parte, el mundo educativo ha sido estudiado haciendo hincapié en el acceso al conocimiento de la escritura, destacando para ello la obra de Garrett Perdue: *Scribes, sages and seers: The sage in the Eastern Mediterranean World*. Para finalizar, los ámbitos social, artístico y religioso, han sido estudiados a partir de los ya citados manuales, estudios -también citados- en referencia a la figura del escriba, y obras específicas como: *The Middle Kingdom of Ancient Egypt* de W. Grajetzki para el ámbito social o *Escrituras, lengua y cultura en el Antiguo Egipto* de J. Cervelló para el artístico.

El cuerpo informativo obtenido por las obras consultadas nombradas con anterioridad ha sido contrastado con varios artículos que aparecen indicados en el apartado «Bibliografía», los cuales han permitido no sólo ampliar el conocimiento sobre el contenido del estudio sino también descubrir nuevos aspectos relacionados con la figura del escriba que han resultado imprescindibles mencionar en el presente trabajo.

## 2. ESCRITURA Y PODER EN EL ANTIGUO EGIPTO

La imagen que se ha conservado del Egipto faraónico está ligada a su escritura. Las peculiares características que presentan los sistemas gráficos desarrollados en el seno de la civilización egipcia le otorgaron a esta un carácter de exclusividad por el cual es identificable actualmente, aunque también ha sido considerado motivo de aislamiento del país respecto a sus vecinos, los cuales, o bien no eran alfabetizados o bien usaban un guion diferente de escritura.

En la actualidad, se considera que la aparición de la escritura fue una respuesta necesaria ante una creciente complejidad social y política que sufrieron ciertas sociedades a lo largo del IV milenio a. C. (PÉREZ LARGACHA, 2008: 406). Un aumento demográfico unido a una expansión productiva provocaría el surgimiento de una necesidad de gestión. La economía ha sido por ello señalada históricamente como causante principal de la aparición de la escritura, puesto que la necesidad de gestión llevaría a dichas sociedades a contabilizar.

Cuando la escritura apareció por primera vez en Egipto en el IV milenio a. C., su uso se limitaba a notaciones breves para identificar una persona, lugar, evento o posesión. Los textos más antiguos que se conservan datan de las dinastías I y II y consisten en simples actos de anotación en jarras, vasijas y/o cajas para indicar su contenido (LICHTHEIM, 1976: 3; GARNET, 2004: 116). En base a esto, Pérez Largacha (2008: 407) reconoce que dichas anotaciones poseían un valor administrativo por lo que se podría considerar que la escritura surgió como medio de almacenamiento de información, sin pretensión comunicativa. La escritura, por tanto, habría surgido en Egipto por razones prácticas aunque los egipcios le atribuyesen un origen divino.<sup>1</sup>

Los primeros progresos en escritura de la mayoría de civilizaciones antiguas fueron contemporáneos al desarrollo primitivo del Estado (ADAMS, 1975, *apud* GODOY, 1990: 120); sin embargo, en Egipto, el Estado se formó antes del surgimiento de la escritura. En la etapa conocida como «Nagada II c-d» (3600-3300 a. C.), en la región del Alto Egipto comprendida entre dos grandes núcleos predinásticos: Abidos e Hieracómpolis, el proceso de jerarquización social y de especialización del trabajo que ya se había insinuado en la etapa inmediatamente anterior se acelera, dando como resultado la irrupción de una nueva institución socio-cultural determinante: el Estado (PARRA ORTIZ, 2009: 69). La escritura se desarrollaría después en función de las necesidades de gestión de este, lo cual significó un uso restringido a prácticas

---

<sup>1</sup> Los egipcios asociaron el nacimiento de la escritura con varias deidades, siendo Thot el que aparece en la mayoría de documentos conservados como «inventor de la escritura» (SENNER, 2001: 19)

administrativas y expresiones ideológicas necesarias para asegurar el funcionamiento y cohesión de este, explicando así la lenta independización de la escritura respecto al carácter utilitario del estado por el poder que esta le concedía (MORENO GARCÍA, 2004: 216).

La relación entre escritura y poder en el mundo antiguo ha sido analizada por Bowman y Woolf en su obra *Cultura escrita y poder en el mundo antiguo*. Ambos autores coinciden en la existencia de dos tipos de vinculaciones entre los términos poder y escritura. Una, el poder ejercido sobre los textos, y la otra el poder ejercido mediante el uso de estos. La primera, en referencia a las restricciones de circulación y acceso a la palabra escrita. La segunda, en alusión a su uso para la legitimación de acciones, personajes y/o acontecimientos pasados. Con la primera idea sugerida se llega a concluir que, aquellos sectores que dominaban y ejercían el monopolio sobre la escritura, tenían la capacidad de poder cambiar la manera en que se escribían los textos o el lenguaje de los mismos para limitar su acceso. Con la segunda, es previsible un acontecimiento que sucedió durante el Imperio Medio egipcio y que será analizado más adelante: el surgimiento de obras literarias, cuya finalidad era la legitimación de las dinastías contemporáneas a través de la interpretación y reelaboración selecta del pasado. Es apreciable por tanto cómo en momentos concretos y para usos determinados, el poder puede servirse de la escritura modificando las normas que rigen su uso, alcance y otros factores que constituirán, a la larga, la diferencia entre los miembros que se pueden considerar «alfabetizados» y aquellos sin alfabetizar.

En Egipto, la escritura nunca fue concebida como instrumento al alcance de toda la sociedad, al contrario, estuvo siempre reservada a círculos reducidos. Como explica Pérez Largacha (2008: 407): «La capacidad de leer y escribir siempre ha sido una señal de autoridad y superioridad, y, en muchas ocasiones, de pertenencia a una clase social que disponía de los recursos necesarios para formarse, acceder a unos conocimientos y trabajar en la administración». La escritura, por tanto, afectó de forma relevante al sistema de estratificación social puesto que las élites egipcias fueron tomando conciencia del poder de la palabra escrita para reafirmar su estatus de superioridad en detrimento de las capas no alfabetizadas<sup>2</sup>. Según estudios históricos recientes, menos del 1% de la población del Antiguo Egipto sabía leer y

---

<sup>2</sup> Una crítica a esta postura la ofrece Massimiliano Pinarellos, quien sostiene que el sistema de comunicación escrito egipcio establecía la interacción social en lugar de la exclusión (S. PINARELLO, 2015 *apud* ALON y NAVRATILOVA, 2017: 2).

escribir.<sup>3</sup> En relación con el cálculo de tal porcentaje, resulta interesante no dejar pasar por alto la postura de Roccati (1991: 98) al respecto:

«No se puede medir estadísticamente la proporción del conocimiento de la escritura respecto a la masa de la población analfabeta, porque los escribas vivían por lo general concentrados en los palacios o en los centros administrativos dependientes de las residencias reales, o bien en los templos, donde el número de personas capacitadas para la escritura era probablemente muy alto. Por el contrario, en la generalidad del país la gran mayoría de la población era completamente analfabeta.»

La alfabetización se convirtió en un privilegio alcanzado por un número reducido de personas, pertenecientes estas mayoritariamente al entorno de la élite político-religiosa. Siguiendo a Cervelló (2015: 208), aunque podía comportar diferentes niveles, el conocimiento pleno de la escritura fue una prerrogativa de las capas más altas del egipcio -que identificó su estatus con ella- y del cuerpo de funcionarios, o sea, del estamento de escribas, excluyendo cuerpos sociales ajenos a ellos. Consecuencia de esto, ser escriba era considerado un privilegio. Quienes leían y estudiaban los papales estaban en situación de ejercer el poder, siendo capaces de transmitir un mensaje que era accesible a unos pocos privilegiados. Sin embargo, se debe tener en cuenta que los niveles de alfabetización no fueron estáticos, variaron con el paso de los siglos (MORENO GARCÍA, 2004: 218) y, para el período temporal estudiado, el desarrollo de la escritura al margen de los circuitos cortesanos tradicionales -consecuencia de los cambios que se generaron durante el Primer Período Intermedio- fue un claro indicio de que la alfabetización se había generalizado por lo menos respecto al período imperial anterior, aunque su porcentaje seguramente siguió siendo mínimo.

---

<sup>3</sup> A pesar del reducido porcentaje de personas alfabetizadas Baines (1983: 585) recuerda que no hay evidencia de que su número fuera deliberadamente restringido.

### 3. EL IMPERIO MEDIO EGIPCIO: CENTRALIZACIÓN DEL PODER Y NECESIDADES ESCRIBALES

Wolfram Grajetzki (2006: 1) considera el Imperio Medio como: «la segunda gran floración de la civilización egipcia», idea que está íntimamente relacionada con los cambios que acontecieron y provocaron que se tratara de una época de confianza plena en la escritura. Mientras su inicio tuvo lugar indiscutiblemente con la unión de Egipto por Mentuhotep II, el momento preciso en que se escinde este período no tiene consenso común todavía. Se ha decidido seguir en el presente trabajo la cronología incluida en la obra de Assmann (2005: 560-566) en la cual el Imperio Medio abarca, *grosso modo*, las dinastías egipcias XI, XII y XIII (*Fig. 1*).

Los cambios ideológicos y socio-culturales acontecidos tras el hundimiento del Imperio Antiguo dejaron huella en diferentes esferas de la vida de los egipcios, que heredará la cultura del Imperio Medio. El Primer Período Intermedio (2150-2040 a.C.) fue un tiempo de lucha por el poder y de gran debilidad monárquica, consecuencia directa de la descomposición social y política surgida tras el hundimiento de la monarquía menfita a partir de la dinastía VI, desapareciendo el sistema administrativo provincial existente y surgiendo, como señala Moreno García (2004: 105), una estructura administrativa centrada en las provincias. Los gobernadores provinciales o nomarcas -cuya autoridad estaba supeditaba tradicionalmente al gobierno central- empezaron a erigirse como señores independientes, convirtieron su puesto en hereditario, comenzaron a dirigir sus propios asuntos (DAUMAS, 2000: 56) y dejaron de pagar impuestos al Estado. Todo ello provocó el desmoronamiento del antiguo orden, que repercutió en la cosmovisión de los egipcios haciéndoles conscientes de la fragilidad de este (*Ibid.*, p. 58). Esta situación viene reflejada en un texto conocido como *Las Lamentaciones de Ipuwer*, cuya datación es incierta aunque parece corresponderse con la dinastía XII:

«Verily, thieves [plunder] everywhere,  
And the servant pilfers whatever he finds.

Verily, the Nile overflows, but no one tills the earth on account of it,  
And all men say, “We know not what will happen throughout the land.»

(KELLY SIMPSON, 2003: 191).

No obstante, el advenimiento del Primer Período Intermedio no sólo significó la entrada en un tiempo de crisis. La palabra escrita, conoció un importante desarrollo durante este

período. Producto de las necesidades de las élites locales y provinciales de dotarse de un pasado respetable y legitimar así su acceso al poder, la grafía se difundió más allá de los circuitos cortesanos tradicionales; y con ello, valores alternativos a la realeza encontraron expresión escrita (MORENO GARCÍA, 2004: 218).

Durante este período, la dinastía heracleopolitana, continuadora de las tradiciones del Imperio Antiguo, mantuvo un sólido control sobre las zonas que habían sido administradas tradicionalmente desde la capital, Menfis, las cuales se correspondían con el Bajo y Medio Egipto. Las zonas que podrían desafiar su autoridad serían aquellas situadas lejos de la capital -Alto Egipto- y fue aquí donde una dinastía de reyes tebanos procedentes probablemente de sectores enriquecidos del campesinado local, consiguieron hacerse con el control de la provincia de Tebas. El país estaba dividido en dos reinos rivales: uno situado al Norte con capital en Heracleópolis y otro situado en Tebas, al sur del país. Fueron los tebanos quienes se lanzaron a un proceso de lucha contra los rivales del Norte que terminó proporcionándoles el control del país a finales de la dinastía XI (*Ibid.*, p. 293).

El proceso de reunificación de los dos reinos comenzó desde Tebas con Mentuhotep I, fundador de la dinastía XI; y sin embargo, quien puso fin a la escisión política que vivía Egipto fue Mentuhotep II, con el cual se puede comenzar a hablar propiamente de Imperio Medio. Este gobernante consagró la mayor parte de sus esfuerzos en re establecer la autoridad real. Reorganizó administrativamente Egipto, manteniendo a los nomarcas que no le opusieron resistencia y apartando a las familias fieles a Heracleópolis. No obstante, no se logró una situación de paz: se daban constantemente conflictos y tensiones, los cuales no terminarían hasta la llegada de la dinastía XII con la subida al trono de Amenenhat I. Fue verdaderamente esta dinastía tebana la que logró la consolidación de un estado faraónico estable y lo haría enlazando de forma consciente con las tradiciones del Imperio Antiguo (ASSMANN, 2005: 146; ASSMANN, 1995: 28).

Amenenhat I, emprendió una política de reconstrucción nacional. Dejó fijados los límites provinciales -aunque no se puede negar que probablemente mantuvo los privilegios de nomarcas fieles a su persona- e impulsó medidas de prosperidad económica para el campo (MORENO GARCÍA, 2004: 295). Además, durante su reinado tuvo lugar uno de los movimientos más importantes del período, el traslado de la capital a una nueva ciudad conocida como *Itjatawy*, todavía no descubierta, probablemente cerca de Lisht, al sur de Menfis. Los sucesores de este, prosiguieron y desarrollaron sus iniciativas. Sesostris II emprendió una serie de trabajos hidráulicos de gran envergadura, destacando la inauguración del sistema de

irrigación en El Fayum (CALLENDER, 2004: 183). La centralización absoluta, sin embargo, sólo fue posible a partir de Sesostris III. Para Garnet Thomas (2004: 41), este faraón emprendió una reorganización completa de la administración provincial que tuvo como resultado la destrucción del viejo sistema del nomarcado hereditario<sup>4</sup> y su reemplazo por una maquinaria burocrática con operarios leales al rey. La nueva realidad administrativa, con nuevas responsabilidades y cargos burocráticos, convirtió al Estado en un organismo más centralizado cuya estructura, bien configurada a partir de este reinado, se mantendría con pocos cambios hasta el Imperio Nuevo (PARRA ORTIZ, 2009: 238). A pesar de esta creciente centralización del estado no debe olvidarse que los antiguos nomarcas o gobernadores locales continuaron siendo esenciales para el mantenimiento de la autoridad real en el país, de hecho, muchos de sus descendientes eran educados junto a los príncipes, con objeto de vincular los intereses de la nobleza local a los de la monarquía (MORENO GARCÍA, 2004: 181). Amenenhat III, como sucesor, representó el momento culminante del absolutismo real del Imperio Medio. La preocupación por el desarrollo económico del país llevó a este rey a promover trabajos de irrigación en todo Egipto que pudieron ser la causa de un agotamiento de la economía, lo cual daría lugar a un declive político y económico del país.

Según Callender (2004: 157), tiende a considerarse que las dinastías XI y XII formaban la parte fundamental de la extensión del Imperio Medio pero también, al menos la primera mitad de la dinastía XIII, pertenecía a dicha extensión. Una dinastía caracterizada por dar inicio a la desintegración del reino, consecuencia de la brevedad de los reinados sucedidos que trajeron consigo un declive en las construcciones y en la actividad del gobierno. Por contra, el aparato administrativo central se mantuvo sólido y eficiente y además, se siguieron las tradiciones culturales de la edad clásica de la civilización egipcia (PARRA ORTIZ, 2009: 253; GARNET, 2004: 41). Al final, la realidad fue un crecimiento de la fragmentación del poder que, junto con la invasión de los Hicsos, abrió un nuevo capítulo en la historia del Egipto faraónico: El Segundo Periodo Intermedio.

Como se puede apreciar, gran parte de las estrategias seguidas por los faraones del Imperio Medio para lograr, tras la reunificación del país, consolidar su posición, estaban basadas en una reorganización de la administración y en un programa de legitimación de su autoridad. La necesidad de una administración estable era imprescindible para controlar de forma centralizada el país y también porque todos los logros materiales del estado dependían

---

<sup>4</sup> Esta idea no es apoyada por autores como Callender (2004: 155), quien considera que no hay pruebas reales que corroboren el supuesto desmantelamiento del sistema de nomarcado hereditario.

de su actividad (PARRA ORTIZ, 2009: 137). El peligro al cual se enfrentó el Imperio Medio tras el período precedente de crisis fue la insuficiencia de personal administrativo consecuencia de la gestión personal de cada nomarca sobre su provincia. Es por ello que, cuando se logró la centralización total del poder con Sesostris III, lo primero que se buscó fue el aumento de la maquinaria burocrática, el incremento del número de funcionarios para recrear un Estado fuerte, fin que se logró gracias a la ampliación del acceso a la educación. Como explica Oleg Berlev (1991: 122-123): «Resulta imposible conseguir un funcionariado sin facilitarle formación», siendo la aparición de las escuelas en este período un hito trascendental. La nueva clase de funcionarios ligados al gobierno central pudo equilibrar con su peso las relaciones tirantes con las noblezas antiguas provinciales y locales, aun reacias al cambio. Parece que conforme se fue doblegando a estas aristocracias, el número de funcionarios fieles al gobierno central se fue acrecentando.

Respecto a la necesidad de legitimación monárquica, los faraones tebanos realizaron un gran esfuerzo para dotarse de un pasado respetable con el que legitimar su usurpación del poder, puesto que no tenían ninguna conexión con la realeza. Prepararon listas de faraones -conocidas por documentos más tardíos- donde evocaron la figura de Mentuhotep I con el título de «padre del dios», interpretando así que la dinastía tebana partió de él. Sin embargo, Moreno García (2004: 295) señala cómo ningún documento conservado ha podido ser atribuido a este, demostrando así que fueron sucesores suyos, como Mentuhotep II, los que le atribuyeron *a posteriori* el rango de rey. Esta necesidad de legitimar el poder de la nueva monarquía tebana explicaría el amplio esfuerzo desarrollado durante la dinastía XII en el terreno literario para promover la adhesión social a la corona. Los gobernantes tenían que justificar su posición y, en este período, no bastaban ni el ejercicio duro del poder ni las edificaciones colosales -medios de consolidación eficaces durante el Imperio Antiguo-. Como afirma Assmann (1995: 29): «Se consideró necesario exhibir la fuerza de un discurso al mismo tiempo explicativo y competitivo». El florecimiento literario desarrollado durante el Imperio Medio respondió a esta necesidad de legitimación y búsqueda de fidelidad de las élites para con el faraón.

Para todos estos fines iba a ser imprescindible el uso de la palabra escrita. El Imperio Medio egipcio fue una época de confianza en ella, sobre todo a partir de la gran expansión de la burocracia bajo Sesostris III. El trabajo del escriba resultó útil y necesario para unas estructuras de poder que pretendían dominar el conocimiento y regular el habitual funcionamiento de la administración. De hecho, como recuerda Assmann (2005: 157-158):

«Parte del proyecto de reorganización que impulsaron los faraones del Imperio Medio consistió en la codificación, por medio de la escritura, de normas de conducta y códigos de comportamiento anteriormente transmitidos de forma oral, pero que con el debilitamiento de la monarquía habían perdieron validez».

## 4. LA FIGURA DEL ESCRIBA

El término «escriba» es usado con frecuencia en egiptología como traducción de la palabra «zh3.w», que se transcribe literalmente como: «hombre que escribe». La variedad de títulos en los que dicha palabra aparece apunta la diversidad de tareas que tenían bajo su cargo (ALLON Y NAVRATILOVA, 2017: 1).

Siguiendo a Cervelló (2015: 196): «Sólo aquellos oficiales de la administración vinculados a tareas de recuento y registro poseían títulos con mención a la especialización de escribas». No obstante cabe reseñar cómo altos personajes de la corte, sacerdotes etc. incluían el título de «escriba» entre otros de su currículum puesto que les confería un estatus de superioridad.

Sobre estas ideas y sobre otra anotada por Pérez Largacha (2008: 408) referente a la imposibilidad de la existencia del Antiguo Egipto sin escribas ni alfabetización, se procederá a continuación al estudio de los diferentes ámbitos en los cuales la labor desarrollada por los escribas resultó imprescindible para su funcionamiento, tomando por ello en consideración la relevancia de su figura durante el período de tiempo estudiado.

### 4.1 NECESIDADES ESCRITAS ADMINISTRATIVAS

La esfera donde la figura del escriba resultó imprescindible durante los más de 3000 años de historia de civilización egipcia, fue la administrativa. Como señala Alfred Cyril (2009: 99): «Para todos los puestos de la administración era necesario un número de oficiales que supieran leer y escribir». Esta capacidad parece haber sido requisito exigido a quienes deseaban despuntar en cargos oficiales ya desde las primeras dinastías egipcias y sobre todo en el Imperio Medio, cuando la monarquía, para centralizar su poder, buscó recrear una administración fuerte, lo cual exigió la necesidad de aumentar el cuerpo de funcionarios bien preparados y leales a su gobierno (GARNET, 2004: 119), siendo el conocimiento de la escritura el que posibilitó este fin.

La administración central del Estado -pilar esencial del mantenimiento de la civilización egipcia y ejemplo para las restantes administraciones- será analizada en este apartado. La de las provincias, ciudades, templo etc. no presentaba grandes diferencias en cuanto a personal, instituciones y/o necesidades administrativas. De hecho, como explican Husson y Valbelle

(1998: 62): «La separación entre la administración central y regional no resultaría clara para quien intentase definir su localización e instituciones». Las obligaciones de los gobernadores provinciales o de las ciudades reproducían en un ámbito reducido las del soberano, de entre las cuales destacaba, según Montet (1966: 107), la recaudación de impuestos.

La organización administrativa del estado egipcio era una maquinaria compleja y altamente burocrática, articulada en varios departamentos ocupados del buen funcionamiento de las diversas estructuras del país, los cuales requerirían una masa de escribas encargados de llevar a cabo sus instrucciones. La presencia de estos era apreciable en cualquier nivel de la vida civil (MAZA GÓMEZ, 2009: 37; GARRETT PERDUE, 2008: 19). Como reconoce Vidal Manzanares (1994: 84): «Sin los escribas, Egipto no hubiera llegado a alcanzar la eficacia administrativa que alcanzó». Resulta relevante la labor que llevaron a cabo en la economía del país, controlada directamente por el Estado y cuya prosperidad dependía fundamentalmente de la fecundidad de la tierra, con miras a recaudar rentas y tributos. La agricultura era la base fundamental de la riqueza en el Antiguo Egipto, en consecuencia, la gestión de los campos y el registro de las tierras resultaron ser tareas fundamentales en la administración.

#### \*Gestión y control de la tierra y ganadería

En el Imperio Medio, a medida que la población fue reorganizándose tras la crisis acontecida previamente, resaltó cada vez más la importancia del ordenamiento de tierras y control de aguas cuyo éxito, como señala Garnet Thomas (2004: 96-98), dependía de la eficacia de su administración. La temprana importancia que adquirió en Egipto la esfera administrativa puede explicarse por las peculiaridades del caudal del río Nilo, el cual generaba a lo largo del año tanto inundaciones/*akhet* como sequías/*shemu* que debían ser controladas. Las inundaciones podían hacer desaparecer campos por el arrastre de tierras o modificar su extensión dado que los límites solían ocultarse o aparecer en lugares diferentes (MAZA GÓMEZ, 2009: 106). Consecuencia de ello, los terrenos tuvieron que ser censados y medidos para evitar litigios<sup>5</sup>, tarea esta imposible de realizar sin la intervención del escriba. La medición y censura del campo se realizaba dos veces al año: la primera, tras las crecidas del Nilo, para marcar de nuevo los límites de las tierras, llevando a cabo registros mediante un sistema de catastro renovado periódicamente; y la segunda, antes de la cosecha, para fijar los impuestos

<sup>5</sup> Ejemplos de operaciones de agrimensura datadas en el Imperio Medio aparecen descritas en los Papiros de Lahun, donde se especifica su realización bajo responsabilidad del «Escriba del catastro» (HUSSON Y VALBELLE: 1998: 108).

que debían pagarse (HAGEN, 2005: 56) y que, como recuerda Maza Gómez (2009: 33), eran abonados en especie -cebada, trigo, aceite, ganado, etc.-, se guardaban en los almacenes reales y del templo y su recaudación se convirtió en uno de los pilares maestros del estado egipcio. En relación también con el control de la tierra, los escribas se encargaban de registrar la producción de los campos.

Por otra parte, dado que la crecida anual del Nilo era incierta, resultando por ello imposible predecir el volumen de la cosecha, se hizo necesario también el almacenaje de reservas de grano, actividad sobre la que pivotaba la economía egipcia puesto que era el fundamento del reparto de raciones entre los trabajadores de los poderes generales y locales (MAZA GÓMEZ, 2009: 225). Fueron los escribas quienes se encargaron de calcular las raciones necesarias de grano proporcionales al número de habitantes de cada ciudad en forma de *heqats*<sup>6</sup> y de llevar a cabo el registro y control de estas.

Es observable cómo el ciclo básico de los cereales -desde la cosecha hasta la distribución en raciones- requería, sin duda, de la imprescindible intervención del escriba.

En relación con las nombradas raciones se ha de tener en cuenta que la economía egipcia -como la del Próximo Oriente Antiguo en general- era de tipo redistributivo<sup>7</sup>, es decir, incluía la percepción por parte de los trabajadores de una compensación por su trabajo, siendo esta la principal obligación del Estado (MONTET, 1966: 63; MORENO GARCÍA, 2004: 117). Siguiendo a Kemp (2004: 155), el reparto igualitario de las raciones sólo tenía lugar cuando el grupo de individuos entre los que repartir pertenecían al mismo nivel laboral. Si no se daba el caso, habría que respetar las jerarquías existentes, lo cual comportaba realizar repartos proporcionales. El papiro matemático *Rhind* ayudaba al escriba a enfrentarse a estos problemas de reparto (KEMP, 2004: 155). Será relevante este documento porque en él aparece la figura de su escribano, Ahmose, el cual se refiere a su calidad de copista de un manuscrito que dataría del reinado de Amenenhat III. (*Fig. 2*).

Conviene destacar cómo las labores del Estado en la gestión terrenal se centraban más en establecer censos que, por ejemplo, en reforzar o construir canales y acequias para asegurar la correcta distribución de la crecida; o en crear redes de irrigación a gran escala -terreno donde intervendrá en mayor medida la administración local-. Pese a ello, en el Imperio Medio tiene

<sup>6</sup> El *heqat* era una de las medidas de capacidad usadas con frecuencia por el escriba y, como recoge Montet (1966: 260), equivaldría a 4'5 litros.

<sup>7</sup> El modelo redistributivo de la economía egipcia ha sido el más ampliamente aceptado, y el autor clásico de referencia es Karl Polanyi (véase en MAZA GOMEZ, 2009: 49).

lugar la creación del *Oasis de El Fayum* por parte de Amenenhat I, una zona muy fértil que potenciaría el trabajo hidráulico además de proporcionar un aumento de tierras cultivables (MAZA GÓMEZ, 2009: 106; CYRIL, 2009: 64).

En relación con la ganadería, tal como afirma Moreno García (2004: 128): «Una de las principales actividades de la corona era el recuento de los efectivos ganaderos del reino, llevado a cabo cada dos años». La importancia de los rebaños fue enorme debido a que, entre otros destinos, eran empleados en el abastecimiento de las expediciones enviadas al exterior del país. Su registro era llevado a cabo por los escribas pero este no se limitaba al ganado, pues también quedaban registrados los pastizales e incluso recursos hídricos de un terreno o institución.

#### **\*Comercio y expediciones**

Los recursos minerales que poseía el subsuelo egipcio eran habitualmente explotados para su uso en actividades económicas del país. Pero, algunas materias primas de primera necesidad -como la madera-, no eran obtenibles en suelo egipcio, fomentando así la habitualidad de comerciar. El comercio en época faraónica estaba basado en el trueque y no existía moneda acuñada. Se remitía a un valor estándar -unidades de grano, plata o cobre generalmente-, las cuales podían intercambiarse según baremos de equivalencia que fueron evolucionando (HUSSON Y VALBELLE, 1998: 90). No se conservan muchos testimonios sobre el desarrollo de las transacciones comerciales del momento; no obstante, ciertas nociones vienen proporcionadas a través de las *Cartas de Hekanajte*, un conjunto de documentos escritos datados en la dinastía XI en los cuales se dibujan varios procedimientos de alquiler y cobro de renta de los terrenos que poseía (GARNET, 2004: 213). Estas cartas resultaron ser una muestra de la habitualidad en la comunicación epistolar existente durante el Imperio Medio egipcio.

Es conocido que las transacciones fueron cuidadosamente registradas por los escribas reales, de suerte que la administración central conocía en todo momento la extensión de las propiedades particulares y podía gravarlas con impuestos. Se debe tener en cuenta en este punto que la propiedad privada era un factor presente en el Antiguo Egipto. La crisis del Primer Período Intermedio dejó en manos de los nomarcas la propiedad efectiva de la tierra, un privilegio que desapareció con el ascenso al poder de Sesostris III, quien se convirtió en propietario efectivo de toda la tierra de Egipto (MAZA GÓMEZ, 2009: 36).

Respecto a las expediciones, la explotación de las zonas fuera del Valle del Nilo fue intensa durante la dinastía XII, como consecuencia de la estabilidad política interna y de una

estructura administrativa fuerte. Sobre esta base, los faraones pudieron concentrarse en el envío de expediciones en unos casos mineras, en otros comerciales, así como diplomáticas a las zonas limítrofes (GONZÁLEZ-TABLAS, 2010: 246). Los viajes comerciales permitían al faraón obtener los materiales para encargar a sus trabajadores tareas a cambio de las cuales obtenían raciones. Por su parte, las campañas militares fueron las más activas, destacando la figura de Sesostris III, quien desarrolló una intensa actividad militar contra los Nubios que terminó con el establecimiento de la frontera de Egipto en la Tercera Catarata (GONZÁLEZ-TABLAS, 2010: 241). Estas expediciones tanto militares como comerciales requerían una organización y registro detallado. Una expedición podía llegar a estar constituida por miles de personas a las que había que alimentar, organizar en turnos según su trabajo, vestir etc. de ahí que la labor del escriba resultase imprescindible para llevarlas a cabo. De hecho, como señalan Husson y Valbelle (1998: 167), el título de «Escriba del ejército» aparece documentado en este período, aunque ocasionalmente, para el reclutamiento de tropas en el nomo de Abidos durante el reinado de Amenenhat I.

#### \*Construcción

Los proyectos de construcción fueron otro de los grandes logros de la administración. La construcción de pirámides -incluidas tumbas-, templos, ciudades etc. exigían una verdadera movilización (MONTET, 1966: 55). Todos los implicados en ello -tanto funcionarios y arquitectos responsables como simples trabajadores- eran empleados de manera directa y se calculaba y seguía su trabajo y remuneración. Además, una tarea habitual era la de contar la cantidad exacta de materiales que había que transportar para llevar a cabo la obra. Ante esto, la figura del escriba resultó imprescindible. Como explica Kemp (2004: 158), estos tomarían las medidas, luego calcularían el volumen de material necesario y, a partir de este, obtendrían el número de unidades de trabajadores necesarios para realizar el cometido que se estableciese. Un ejemplo de gestión efectuada para la construcción de un templo en la ciudad de This aparece en el Papiro *Reisner*, el cual alberga un conjunto de documentos contables y administrativos datados en la dinastía XII (MORENO GARCÍA, 2004: 137).

En relación con la construcción monumental, los arquitectos del Imperio Medio encontraron fórmulas que restaron solidez a las estructuras, lo cual tuvo repercusiones desastrosas para su conservación posterior. Para Montet (1966: 86): «La considerada «Edad clásica» carecía artísticamente de la monumentalidad que simbolizaba al Imperio Antiguo» aunque cierto es que todos los gobernantes del Imperio Medio mandaron construir su propia

pirámide. Respecto a la construcción de edificios, el período que nos ocupa fue, como señala Kemp (2004: 169): «el punto álgido de la planificación de ciudades». Ejemplo reseñable es Kahun, asentamiento situado en las proximidades de la actual ciudad de El-Lahun y antigua «Ciudad de la pirámide»<sup>8</sup> de Sesostris II (Fig. 3). Siguiendo a Padró (1999: 193) en el plano se aprecia una división constructiva donde una mitad del terreno estaría formada por casas grandes, ocupadas por funcionarios y la otra mitad por casas pequeñas, lugar de residencia de los obreros encargados de construir la citada pirámide. Resultan interesantes los papiros descubiertos a finales del siglo XIX en esta ciudad puesto que albergan documentos administrativos, textos literarios, matemáticos etc. que permiten vislumbrar la gama de ocupaciones y la posición social de su población además de dar luz a diversos asuntos relacionados con la administración del país (PADRÓ, 1999: 193; KEMP, 2004: 193).

#### \*Labores archivísticas y correspondencia

Los Archivos conformaban la cabeza de la administración central teniendo en consideración la enorme cantidad de documentos que circularían en el país conforme transcurría el tiempo. Siguiendo a Posner (1972: 5): «el término «archivo» hacía referencia al conjunto de registros llevados a cabo -tanto públicos como privados- para gestionar el país» y, dada la organización burocrática del Antiguo Egipto, tuvo lugar una producción en masa de registros, sobre todo relacionados con la tierra y los impuestos, de los cuales dependía el funcionamiento de la economía egipcia y su gobierno. El estricto control de los campos de labor y de las obligaciones impositivas fue el motivo por el cual los egipcios eran catalogados e inventariados (PIRENNE, 1935 *apud* POSNER, 1972: 79). Siguiendo a Husson y Valbelle (1998: 127), los departamentos de cálculo de hombres se documentan desde el reinado de Sesostris II, conservándose textos que dan fe de la existencia de censos detallados de trabajadores y de una clasificación de los mismos para realizar labores diversas. Censos que, hasta el final del II milenio a. C. no tuvieron motivación fiscal alguna, más bien se preocupaban por cuestiones relacionadas con el empleo.

Como es apreciable, la documentación resultaba imprescindible para el funcionamiento de la administración por lo que no se llevaría a cabo ninguna actividad sin la previa compilación de registros, siendo los escribas quienes se encargaban de escribir, calcular y clasificar los

---

<sup>8</sup> Las «ciudades de las pirámides» eran lugares creados expresamente por la administración con población de servicio para la gestión y mantenimiento de los complejos funerarios del rey (HUSSON Y VALBELLE, 1998: 72; PARRA ORTIZ, 2009: 190).

archivos de la administración. Para el Imperio Medio, es conocido el título de «Escriba de los Archivos Reales» (HUSSON Y VALBELLE, 1998: 117). No obstante, se debe tener en cuenta como reconoce Garnet Thomas (2004: 149) que los archivos conservaban documentos relacionados con necesidades prácticas de la vida de los egipcios. Así, valía la pena conservar el título que acreditaba la posesión de una tierra. Por el contrario, documentos de interés temporal podían desecharse tales como listas de personas, tributos, mercancías etc. pasando a ser reusados para otros fines (VANDORPE, 2001: 221).

Respecto a la correspondencia estatal, el envío de cartas e informes oficiales era un proceso organizado y regularizado para el período temporal estudiado. Es conocido que la escritura de tales documentos oficiales era ocupación principal de escribas profesionales, y su sellado resultó ser una actividad a la cual los egipcios asignaron gran valor (GARNET THOMAS, 2004: 143). En el Imperio Medio los sellos más populares estaban tallados con la forma de un escarabajo donde el dibujo o inscripción se grababa en la parte interior plana (*Fig. 4*). Siguiendo a Montet (1966: 70-71), aquellos escribas encargados de preparar misivas tenían también que registrar las diferentes titulaturas que fuesen asignadas al faraón tras su nombramiento, al igual que la toma de una ciudad o la conquista de una región.

En este punto cabe reseñar cómo los egipcios, interesados generalmente por la geografía, encargaron a los escribas la tarea de registrar las indicaciones de cada nomo: su nombre, capital, territorio agrícola que abarcaba, fiestas locales, información religiosa etc. al igual que hicieron con los países vecinos extranjeros, destacando el registro de productos principales que podían obtenerse de ellos (MONTET, 1996: 264-265). Como indican Husson y Valbelle (1998: 65), en la Capilla Blanca de Sesostris I en Karnak se disponen de noticias sobre cada uno de los nomos existentes junto con indicaciones relativas a su extensión, ciudades y dioses principales.

#### \*Conocimiento matemático

La necesidad de dominar el conocimiento matemático fue imprescindible para los egipcios. Tal como recuerda Vidal (1994: 38): «Tanto la supervivencia del Antiguo Egipto como de la mayoría de las grandes creaciones por las que es conocida su cultura guardan relación con el cultivo de las matemáticas, siendo conocidos los escribas por ello como los «contadores de su época». La recaudación de impuestos -pilar del mantenimiento del estado Egipcio-, al igual que la medición de campos o el control de las crecidas del Nilo, implicaban un gran número de cálculos matemáticos. Los escribas fueron capaces de resolver problemas en proporción directa e inversa, de evaluar ciertas raíces cuadradas, de resolver ecuaciones

lineales, de calcular el área de un círculo, los volúmenes de pirámides etc. (WILLIAMS, 1972: 219)). Los papiros matemáticos conservados tales como el Papiro *Rhind* o el Papiro de Berlín, ejemplifican las operaciones anteriormente citadas, aunque se debe tener en cuenta que las fuentes egipcias relacionadas con las matemáticas son escasas. Pese a ello, es conocido que hubo en Egipto una estrecha relación entre necesidades económicas y matemáticas que, como afirma Maza Gómez (2009: 12), resulta imposible de entender sin apelar al contexto económico en el que nacen.

## 4.2 CULTURA LITERARIA: PROPAGANDA Y REFUERZO DEL PODER FARAOÓNICO

Tal como señala Assmann (2005: 155), en el Imperio Medio el saber fue puesto por escrito. El conocimiento transmitido con anterioridad de forma oral ahora pasaba a estar codificado. Este período se caracteriza por el florecimiento de la literatura y el desarrollo de un gran número de textos literarios de género y forma variadas, lo cual le concedió el sobrenombre de «Edad clásica».

La razón de la ausencia productiva de obras literarias en la anterior etapa imperial se halla estrechamente vinculada a la fortaleza que en dicho momento exhibía la monarquía faraónica. Durante el Imperio Antiguo, los faraones reinaron como dioses sobre la tierra y sus valores no fueron cuestionados, por tanto, no tuvieron necesidad de recurrir a ninguna manifestación literaria y/o discurso para asegurar su posición (MORENO GARCÍA, 2004: 228; ASSMANN, 2005: 147). Sin embargo, la crisis que devino con la finalización del Imperio Antiguo cambió la situación puesto que se tradujo en un debilitamiento del poder faraónico y una aparición de valores que amenazaban los de la realeza<sup>9</sup>. Consecuencia de ello, al dar comienzo el Imperio Medio, la monarquía necesitó recomponer y reafirmar su poder y, en esta tarea, las obras literarias desempeñaron un papel esencial, estrechándose así la relación entre escritura y poder.

Pese a que el gran florecimiento de obras literarias se produjo durante el Imperio Medio, estas tuvieron su origen en la etapa histórica anterior. Durante el Primer Período Intermedio, aparecen por primera vez en Egipto textos literarios cuyo precedente puede hallarse en algunas

---

<sup>9</sup> Se hace referencia a aquellos valores impulsados durante el Primer Período Intermedio por la aparición de una nueva «clase media», conocida en los textos como *nedyés*, que defendía la autosuficiencia material y la autonomía de acción. Véase aquí mismo el apartado: «Una posición privilegiada: la condición social del escriba».

biografías de finales del Imperio Antiguo (CERVELLÓ, 2015: 81-87). En este período la palabra escrita conoció un importante desarrollo. Gobernadores provinciales y locales comenzaron a redactar biografías y textos para legitimar sus acciones, prácticas que llevarían a cabo después los gobernantes del Imperio Medio para construir su nuevo proyecto político. De esta forma nació una literatura y producción cultural destinada a reforzar la lealtad hacia el faraón, a su glorificación (POSENER, 1956 *apud* BLESA CUENCA, 2016: 28). La producción literaria se convirtió, en el período estudiado, en una herramienta del Estado que sirvió como soporte ideológico de la monarquía, actuando como medio de expansión de la política de propaganda regia llevada a cabo sobre todo durante la dinastía XII<sup>10</sup> para legitimar su poder (SERRANO DELGADO, 1993: 19; ASSMANN, 2005: 147-148). La literatura tendría por ello una estrecha relación con la política tal como expresa Posener (POSENER, 1956 *apud* ASSMANN, 1995: 31): «La conexión íntima de literatura y política es privativa del Imperio Medio, una vinculación que no se repetirá en toda la historia de Egipto».

Es apreciable cómo los acontecimientos sucedidos durante el Primer Periodo Intermedio dejaron huella en la conciencia colectiva de los egipcios y, el nuevo lenguaje alcanzado en el Imperio Medio -el literario- permitió recordar dichos acontecimientos y hondar en la necesidad de no volver a permitir que se repitiese una situación similar. Mayoritariamente fueron los faraones de la dinastía XII quienes apelaron a la pésima situación vivida en el tiempo precedente para cohesionar y fortalecer su imagen como soberanos salvadores y restauradores del pasado ideal y ordenado, es decir, del Imperio Antiguo (ASSMANN, 2005: 133). Guarda relación con esta idea el surgimiento en el Imperio Medio de la figura del faraón como «Buen pastor» que protege a su pueblo del hambre, miseria y opresión de los poderosos, lo cual es observable en un texto datado en la XII dinastía, *Las Instrucciones del rey Amenemhat I*, donde el faraón aparece responsabilizándose del bienestar de sus súbditos:

«Yo he dado al pobre; he criado al huérfano.

Hice que alcanzara [el bienestar] tanto el que no tenía como el que tenía.»

(SERRANO DELGADO, 1993: 97)

Pero, los faraones que lograron reunificar el estado egipcio no sólo basaron su legitimación apelando al período de crisis sino que también se identificaron con el pasado. Así, según Salem (2014: 187), en ciertos textos literarios como el caso de los dos últimos relatos del papiro *Westcar* -texto egipcio que alberga un conjunto de cuentos mágicos datados en la

---

<sup>10</sup> Assmann (1995: 31) considera que los reyes de la dinastía XII dieron el paso de poner la literatura a su servicio, lo que proporcionó a la misma un auge y un desarrollo inédito.

dinastía XII- es observable un sentimiento de nostalgia en el cual el tiempo pretérito aparece como evocación de lo perdido. Queda claro con esto que la justificación del poder monárquico se basó en dos pasados: el del Reino Antiguo como modelo ordenado a continuar y emular, y el Primer Periodo Intermedio como pasado caótico superado.

La producción literaria a través de la cual se llevó a cabo la legitimación faraónica no podría haberse generado sin la aparición en escena de una figura que la hiciese posible. Previamente al surgimiento de la literatura, la labor de los escribas estaba concentrada fundamentalmente en la esfera administrativa; pero, sin embargo, los cambios políticos acontecidos con el devenir del Imperio Medio suscitaron que su trabajo comenzase a ser requerido tanto para las nuevas necesidades administrativas como ideológicas (PÉREZ LAGARCHA, 2008: 409). Es por ello por lo que, a partir de entonces aprender a escribir consistió en algo más que aprender a administrar y a calcular. Tal como explica Brunner (BRUNNER 1966, *apud* ASSMANN, 1995: 32): «El escriba dejó de ser un mero administrador, burócrata o ritualista y adquirió la condición de persona culta, erudita y sabia». Los escribas se convirtieron en transmisores de unos mecanismos de control del poder, no existiendo ningún texto que se saliese de la ortodoxia marcada por el estado. Una actitud etnocentrista que limitó la posibilidad de que los escribas pudiesen especular o reflexionar. De hecho, como señala Roccati (1991: 92), hasta el Imperio Nuevo no se tienen datos de la existencia de autores de obras, si bien el nombre de algunos escribas resultaba conocido por sus biografías o esculturas. No se debe olvidar que era el faraón quien daba pie a que los textos pudiesen ser redactados, razón por la cual solamente fue recordado aquello que resultaba válido en términos de utilidad hacia el futuro que quería construirse. Desde esta perspectiva, Salem (2014: 193) recuerda que el pasado fue re-construido y re-interpretado y, por ello, el eje de la narración literaria consistió en la manipulación con fines legitimadores.

Siguiendo a Assmann (2005: 151), las obras literarias del Imperio Medio se convirtieron en el medio que posibilitó y facilitó la transmisión de mensajes y recuerdos. En los textos del período aparece un denominador común al que se viene aludiendo en líneas precedentes: la representación literaria del pasado. Este fue construido como símbolo que daba sentido a las acciones de su presente y, el recurso empleado para narrar los hechos pretéritos fue la ficción. Los textos literarios se diferenciarían de otro tipo de relatos –autobiografías, textos religiosos, administrativos etc.- por la «ficcionalización del pasado», lo cual no significaba que los hechos no hubiesen ocurrido pues la memoria recuerda sobre una base que es real (RICOEUR, 1999

*apud* SALEM, 2014: 186). No obstante, no se puede afirmar que los textos literarios representasen una realidad histórica.

En relación a la literatura cultivada por los egipcios durante el Imperio Medio, era patente una gran variedad genérica. Como señala Padró (1999: 199): «La literatura del imperio medio poseería todos los géneros literarios propios de la literatura egipcia de todos los tiempos». Serán mencionadas a continuación algunas de las composiciones literarias que tuvieron relevancia durante el lapso histórico que nos concierne:

- La biografía o pseudobiografía se cultivó, al igual que en el Imperio Antiguo, con un estilo narrativo que tendía cada vez más a la perfección formal (RENNER, 2011: 283). Se ha conservado una amplia gama de cuentos que relatan aventuras de héroes individuales como *El Cuento del Naúfrago* o *El campesino elocuente*, pero, el libro narrativo que constituye uno de los textos clásicos por excelencia del período estudiado es *La Historia de Sinhué* por la riqueza estilística y vivacidad de su historia. Para Lichtheim (1975: 11): «Es la joya de la corona de la literatura del Imperio Medio».

- Las composiciones más tempranas fueron las «instrucciones». Las primeras copias que se hicieron de estos textos datan del Imperio Medio pero existían con anterioridad, concretamente desde el Imperio Antiguo (RENNER, 2011: 283). Para el período estudiado, resulta reseñable mencionar la ya comentada *Instrucción del rey Amenenhat I*. Otros textos sapienciales que también destacaron en gran medida fueron: *La Sátira de los Oficios* o *El Libro de Kemyt*, una literatura que, como señala Assmann (2005: 158), actuaba como codificación de las normas sociales.

- También había textos con obras poéticas y en prosa, donde se incluyen los himnos a gobernantes y al Nilo, destacando para este período los *Himnos a Sesostris III*, donde según Renner (2011: 283) parece que la sociedad lo considera el restaurador del orden y bienestar.

- Importantes son también los textos filosófico-morales conservados, entre los cuales cabe mencionar: *La Profecía de Neferty* y *Las Admoniciones de Ipuur*. Ambos relatos permiten vislumbrar el aspecto de una sociedad sin un gobierno unificado y los peligros que esto acarrearía. Difundieron la imagen de la monarquía del Imperio Medio como restauradora de los valores faraónicos anteriores (LICHTHEIM, 1975: 10; SALEM, 2014: 186).

Las citadas composiciones, que constituyen una buena parte de las obras «clásicas» de la literatura egipcia faraónica, estuvieron destinadas a un público reducido, letrado y decisivo a la

hora de controlar el país: la élite cortesana y provincial. Además, la gran mayoría de trabajos literarios eran anónimos, no se trataba de una literatura producida por autores independientes, con excepción de algunas obras atribuidas a faraones o a personas reputadas tales como visires (PARRA ORTIZ, 2009: 228). La riqueza de esta producción literaria lleva a reflexionar sobre el grado de desarrollo cultural del Imperio Medio y a considerar el inmenso legado perdido, sobre todo si se tiene en cuenta que parte del conocimiento y la comprensión que se posee de las sociedades del mundo antiguo procede del análisis de sus obras literarias. Aun así, como recuerda Padró (1999: 199), son abundantes las composiciones que han llegado de esta época, muchas de ellas en copias datadas en el Imperio Nuevo, denotando así el estigma que les era asociado. Gracias a los papiros demóticos e hieráticos, escrituras en tablas de madera y *ostraka*, además de inscripciones en tumbas y estelas, son conocidas buena parte de estas obras (Fig. 5). Como señala Assmann (2015: 151): «El Imperio Medio no solo restituyó el orden de la sagrada monarquía sino que también lo dejó literariamente reflejado».

### 4.3 LA EDUCACIÓN EN LA LECTOESCRITURA

El arranque del Imperio Medio ocasionó en la esfera educativa un hito fundamental puesto que promovió el establecimiento de las primeras «escuelas de escribas», generando así una apertura educativa singular frente a la etapa imperial anterior, en la cual parece ser que la formación en la escritura había sido privada y familiar. Solamente hijos de oficiales y aristócratas la recibirían y se llevaría a cabo mediante tutorización paternal. Siguiendo a Williams (1972: 215), en el Imperio Antiguo la enseñanza se realizaba en casa de los propios estudiantes<sup>11</sup> por lo que puede suponerse que no existiría una organización lo suficientemente eficaz para permitir la creación de escuelas.

Su surgimiento estuvo condicionado por la necesidad monárquica de lograr una masa burocrática fiel y consistente en número para reorganizar la administración central tras su desmembramiento durante el Primer Período intermedio. Esta necesidad se solucionó con la apertura educativa para la instrucción burocrática, la cual tuvo como consecuencia principal el crecimiento de una clase culta con educación escolástica al margen de los tradicionales circuitos cortesanos.

---

<sup>11</sup> En contraste con esta idea, Moreno García (2004: 219) menciona una centralización en la formación de la escritura, impartida en el palacio real.

La formación en la escritura era preliminar para alcanzar las carreras más elevadas, ya que suponía tener abiertas casi todas las puertas de la burocracia estatal. Como recuerda Garrett Perdue (2004: 119): «Eran pocas las tareas relevantes del Estado que podían llevarse a cabo sin dominar la escritura y lectura». El oficio de escribano era muy solicitado y no estaba al alcance de toda la sociedad, aunque, con la nombrada apertura educativa, grupos sociales menos privilegiados pudieron tener acceso a cierto nivel de alfabetismo por muy básico que fuese (CERVELLÓ, 2015: 193).

El paso del tiempo ha ofrecido material educativo que permite vislumbrar las prácticas cotidianas de escolarización. Se han conservado ejercicios escolares escritos por estudiantes y profesores y algunos textos que fueron empleados para la instrucción de los discípulos -muchos de los cuales se trataban de obras de carácter literario-. Así, gracias a las copias realizadas en el transcurso educativo ha sobrevivido parte de la literatura del Antiguo Egipto. En sentido contrario, las referencias directas a escuelas y/o centros de aprendizaje, en general son más infrecuentes<sup>12</sup>.

La enseñanza debió haber sido severa, puesto que quienes accedieron a la escritura debieron pasar por un largo proceso de especialización en el cual su aprendizaje no sólo incorporó los valores que la realeza promueve, sino también la transmisión de los mismos. La escuela formó al escriba dentro de la ideología faraónica y por tal motivo no es de extrañar que algunas obras literarias relacionadas con la legitimación del poder faraónico fuesen utilizadas en las escuelas, donde los alumnos las aprendían y copiaban. Es apreciable cómo la formación en la escritura fue objeto de gran control y supervisión (MONTET, 1966: 244; MORENO GARCÍA, 2004: 218).

Los futuros funcionarios del faraón debían conocer los principios de diversas «enseñanzas de sabiduría» así como su puesta en práctica, es decir, debían aprender las reglas de la «buena conducta». Siguiendo a Rose-Marie (2005: 57-58) hubo dos preceptos importantes: por un lado, mostrarse justo con los más débiles y obedecer a sus superiores y por otro, imitar a los progenitores y antepasados. Evidentemente, los escolares no siempre siguieron los preceptos de las enseñanzas que tenían que copiar y, cuando esto ocurría o cuando se distraían y descuidaban su escritura, eran reprendidos mediante castigo corporal. Un ejemplo de esta práctica aparece reflejado en la *Sátira de los Oficios*<sup>13</sup>. Cabe resaltar también la existencia de obras específicas destinadas a la formación del personal adscrito a la administración del Estado

<sup>12</sup> Una referencia al término «escuela» aparece en la *Sátira de los Oficios* (KELLY SIMPSON, 2003: 432)

<sup>13</sup> SERRANO DELGADO, 193: 221

como el conocido *Libro de Kemyt*, redactado a finales del Primer Período Intermedio y cuyo contenido -como indica Moreno García (2004: 220)- resulta útil porque ilumina aspectos relativos a los métodos de enseñanza aplicados en Egipto.

Fuentes literarias como la anterior indican la existencia de diferentes niveles de escolaridad para el período temporal estudiado. El primer ciclo formativo estaba dedicado a la enseñanza de la escritura hierática<sup>14</sup> y a la lectura. Esta era el grueso de la formación escribal y, una vez dominada, se daba paso a la escritura, labor donde tenía especial atención la memorización y copia de textos de dos tipos: composiciones creadas fuera del ámbito didáctico y composiciones escolares. Como ayuda instructiva se recopilaron por primera vez en el Imperio Medio egipcio listas de términos de un mismo campo semántico o de conocimiento – plantas, animales, minerales etc.- conocidas como «onomásticas» (WILLIAMS, 1972: 219). El ejemplo más notorio es el *Onomasticon* de Amenemope, un listado enciclopédico de las categorías de personas existentes en el universo (Fig. 6). Desafortunadamente, como indica Williams (*ibidem*) los alumnos y, al parecer también los profesores, eran a menudo ignorantes de lo que escribían, algo apreciable en los restos materiales conservados que, en ocasiones, presentan errores que desafían los intentos de recomponer el texto original. Este primer ciclo formativo se complementaba con una instrucción en geografía, geometría y aritmética. Evidentemente, resultaba necesario que el alumno aprendiese a calcular.

La formación básica comenzaba a los 5 ó 6 años y duraba aproximadamente 4. Después, muchos jóvenes ingresaban en escuelas superiores vinculadas al palacio real o a los templos para especializarse en administración, teología, medicina etc., donde ejercían de aprendices al lado de escribas experimentados durante un tiempo determinado hasta que estuviesen preparados para ocupar altos cargos (CERVELLÓ, 2015: 194; LICHTHEIM, 1975: 167; MORENO GARCÍA, 2004: 220). Como es apreciable, la edad con la que daba comienzo la formación en la lectoescritura era temprana; sin embargo, los alumnos serían ya adolescentes cuando se les sometía a una formación más intensiva.

Como paso previo al estudio del espacio donde se ejercía la formación escribal, se considera relevante tener en cuenta una serie de premisas. Siguiendo a Somerville (1893: 360), no se debe considerar la escuela en el Antiguo Egipto como la actual institución -un edificio solamente dedicado a la enseñanza- sino que esta estaba ligada al templo y al palacio. Además, no existió evidencia de un ideal educativo libre. La educación venía determinada por las

<sup>14</sup> La escritura jeroglífica se enseñaría en un nivel superior. Para su aprendizaje haría falta una buena base previa. (MORENO GARCÍA, 2004: 222; WILLIAMS, 1972: 219; ROCCATI, 1991).

necesidades políticas y sociales, era un factor que reforzaba la posición en la jerarquía social y por tanto, era una educación técnica, no existía la idea de una educación liberal.

En relación con los espacios de enseñanza, siguiendo a Alfred Cyril (2009: 100): «La primera necesidad de cualquier persona que desease seguir una carrera profesional era tener una educación adecuada en una de las escuelas adscritas al palacio o al templo». De acuerdo con la *Sátira de los Oficios*, las primeras evidencias de la existencia de escuelas de escribas se hallaban en las capitales<sup>15</sup>. La que gozaba de mayor reputación era la escuela de los príncipes, que se encargaba de la educación de los hijos del faraón, de su familia, de gobernadores locales y de los más altos funcionarios, instruyéndolos en las prácticas y procedimientos de cada oficio. Si un joven estudiaba en una escuela de la corte, con los príncipes, sus oportunidades de avanzar en los puestos del estado eran las mejores<sup>16</sup> (AVRIN, 1991: 98; HAGEN, 2005: 57-58). También hubo escuelas adscritas a centros gubernamentales de las principales ciudades. Pero los lugares de formación más importantes conocidos del Antiguo Egipto fueron las escuelas localizadas en capitales y ciudades importantes que tuvieron templos relevantes (BRUNNER, 1991 *apud* GARRETT PERDUE, 2008: 19). Según Gardiner (1938: 177), estas escuelas sólo se erigían en una o dos de las principales ciudades existentes. Se conocían como «Casas de la Vida» y parecen haber sido espacios mantenidos por los propios templos<sup>17</sup>. Se puede vislumbrar por tanto que estos, además de encargarse de la formación cultural de la jerarquía sacerdotal, tomaron parte también en la educación de la nobleza, arquitectos, médicos y altos cargos de la administración llamados a convertirse en parte integrante del sistema burocrático estatal (FASSONE y FERRARIS, 2008: 106-107).

Relacionado con lo anterior, se debe tener en cuenta que los escribas recibían un grado diferente de formación en función de cuál iba a ser su desempeño, aunque todos recibiesen la misma formación mínima. Pérez Largacha (2008: 405) explica cómo el escriba que iba a trabajar en los almacenes de un templo, del palacio, de una provincia etc. requería una formación menor que el escriba destinado a copiar textos oficiales y religiosos, puesto que encarnaban la memoria y realidad del país. Además, se tiene que tener en consideración que fuera de las instituciones citadas, también había necesidades escribales. Muchos aspectos de la vida cotidiana requerían de la participación de los escribas: la redacción de contratos

---

<sup>15</sup> SERRANO DELGADO, 1993: 221

<sup>16</sup> Montet (1966: 61) señala al respecto que no está demostrado que el heredero al trono se encontrase en las escuelas de fundación real junto a nobles y altos funcionarios.

<sup>17</sup> Se ha considerado ampliar la información sobre esta institución en el apartado «Relevancia escrita en la esfera religiosa» al estar esta vinculada estrechamente a un lugar de culto.

matrimoniales, de compra-venta, la copia de sentencias judiciales, la elaboración de documentos de herencia, préstamos etc.; y, para realizar estos escritos, las personas acudían a escribas, posiblemente los mismos que trabajaban para la administración y, ocasionalmente, personas que tenían conocimientos básicos para redactar un documento (*ibidem*: 410).

#### **4.4 UNA POSICIÓN PRIVILEGIADA: LA CONDICIÓN SOCIAL DEL ESCRIBA**

Uno de los rasgos principales que caracterizaba a la civilización del Antiguo Egipto era que todo el edificio social reposaba sobre el faraón. Él poseía el poder por derecho divino, un poder que era absoluto, siendo descendiente y sucesor del dios solar Ra o *Atum*, el cual tenía potestad sobre todo aquello que había sido creado. El título de «hijo de Ra», que aparecerá asignado a todos los faraones egipcios a partir de la dinastía V, confirma la mencionada relación de éstos con la divinidad (ASSMANN, 2005: 236).

El segundo rasgo era su carácter jerarquizado. Cierta documentación conservada deja constancia de la presencia de diferentes niveles dentro de la sociedad pero resulta difícil perfilar estos con detalle. Un estudio sobre de la estructura social del Imperio Medio egipcio ha sido elaborado por Wolfram Grajetzki (2006: 139-165) y se tomará como ejemplo para establecer las jerarquías existentes. El autor divide la sociedad en dos grupos de individuos. Por un lado aquellos que estaban fuera de la clase social dirigente, de los cuales la gran mayoría no sabía escribir y no tenía acceso a la educación y, por otro, la clase social dirigente, incluyendo la familia del faraón. A la primera categoría pertenecían: grupos marginales -quienes no vivían en una estructura organizada-; población trabajadora -la mayoría de ellos involucrados en la producción alimentaria-; y la clase media -un grupo acomodado, educado en creencias totalmente diferentes al resto y caracterizado por su autosuficiencia y libre-pensamiento-. Por su parte, la clase social dirigente estaba compuesta por: gobernadores locales -relevantes hasta la llegada de Sesostris III-; burócratas de la corte real -funcionarios alrededor del monarca para controlar el país-; ministros -formaban el más alto estrato social del país durante el período estudiado-; y, por último, el faraón y su familia.

A pesar de esta jerarquización, en el transcurrir Imperio Medio tuvieron lugar cambios provocados por la inestabilidad política generada durante el período temporal inmediatamente anterior. El primer cambio vino ligado a la existencia en el seno de la sociedad de una cierta libertad económica, que guarda relación con el desarrollo paulatino de un grupo social que, en

los textos del Primer Período Intermedio irrumpía con fuerza: los *nedyés*. Este grupo se correspondía con la mencionada «clase media» y se caracterizaba por proponer valores diferentes a los de la realeza -como la autosuficiencia- y expresarlos en oposición al Estado (MORENO GARCÍA, 2004: 225; GRAJETZKI, 2006: 142). Un grupo social que formó parte del contexto político-social del período.

El segundo cambio guarda relación con el elevado nivel que en esa época alcanzó la civilización y cultura egipcias. Un régimen fuerte y centralizado como el de la dinastía XII generó estabilidad y esta circunstancia dio pie a un crecimiento de la burocracia con una formación en lectoescritura. Consecuencia de ello, el crecimiento de la importancia del uso de la escritura y por consiguiente de la figura del escriba fue evidente. La profesión de escriba era una de las profesiones eruditas más importantes de la sociedad egipcia antigua. Las personas que conocían la escritura y se dedicaban a ella disfrutaban de una sólida posición social, siendo el estatus de escriba uno de los más valorados por los egipcios.

Se debe tener en cuenta en este punto que el oficio de escriba no estaba limitado a una posición en la escala social. En los diferentes grupos jerárquicos nombrados se conocen referencias a personas que han alcanzado el título de «escriba». Para el Imperio Medio, por ejemplo, si seguimos a Grajetzki (2009: 21-68), en la esfera administrativa de palacio se registran los títulos de: «Escriba de los documentos reales»<sup>18</sup>, «Escriba del visir» y «Escriba del tesorero». También existen referencias a títulos de escriba relacionados con la administración estatal como: «Escribano del catastro» o «Escribano oficial de los efectivos» (DAUMAS, 2000: 134-135). Por su parte, Pérez Largacha (2008: 404) añade que en el terreno religioso, aquellos que participaban más directamente en la realización de las fiestas y ceremonias religiosas, disfrutaban de una mayor consideración, teniendo en ocasiones el título de «Sacerdote-escriba».

Ahora bien, la de escriba sería una condición adquirida, diferente dependiendo de la pertenencia a una clase de mayor o menor significación dentro del estado egipcio. Los que disfrutaban de un mayor acercamiento a la corte y a los centros de poder, como explica Cervelló (2015: 196), tenían una mayor consideración social, aunque la mayoría de los escribas se ocupaban de tareas propias de los grados inferiores del funcionariado. Hubo una gran diferenciación por ello entre los meros copistas y los expertos en lectoescritura. Siguiendo a Pérez Largacha (2008: 408), en muchas ocasiones se valoraba más a aquellos escribas

<sup>18</sup> Un ejemplo de «escriba de los documentos reales» fue Antefiqa, bajo la oficina del reinado de Amenofis II o Sesotris II durante la dinastía XII (GRAJETZKI, 2009: 84).

encargados de realizar textos oficiales en monumentos o documentos públicos y funerarios por la monumentalidad de su trabajo.

Como se puede apreciar, existían un gran número de puestos lucrativos que sólo podían ser ocupados, según Somerville (1893: 358): «Por personas listas con la pluma, familiarizadas con los diferentes tipos de escritura y buenas en las cifras». En esencia, los escribas eran responsables del desarrollo y transmisión de la cultura egipcia y fue por ello que, quienes adquirían tal rango, ante el numeroso requerimiento de su labor, se convencieron fácilmente de que su ocupación era mejor que cualquier otra. Un convencimiento que se puede apreciar claramente en uno de los documentos más célebres conservados de esta civilización y que mejor reflejan la relevancia de la figura del escriba: *La Sátira de los Oficios*.

#### \**La Sátira de los Oficios*

También conocida como *Enseñanzas de Dua-Hety*, su origen se remonta a la dinastía XII y basa su argumento en la instrucción que realiza un escriba de la localidad de Silé llamado Dua-Heti a su hijo Pepy, ensalzando la importancia de libros y profesión del escriba con la finalidad de motivarle para que se aplique en los estudios mientras le lleva a ingresar en una escuela de escribas.

La obra, en general, ilustra sobre cómo los escribas concebían sus tareas. Magnifica la importancia social de esta profesión a expensas de otras -principalmente manuales<sup>19</sup>, mostrando de forma exagerada sus inconvenientes. Resulta interesante la cita que se hace en el texto al *Libro de Kemyt*, indicativo de la importancia que los escribas concedían a la educación. Es evidente llegar a la conclusión con esta obra de la satisfacción que proporcionaba al escriba el ejercicio de su trabajo. Su tarea le concedía una independencia incomparable con las demás:

«Mira, no hay una profesión que esté libre de director, excepto el escriba.  
Él es el jefe.»

(SERRANO DELGADO, 1993: 223)

Aunque no está dotado de medios de subsistencia sino que se encuentra en posición de asalariado de la administración, a diferencia de las demás ocupaciones comparables, no está subordinado a nadie (VIDAL, 1994: 86) y por ello resulta perfectamente lógico pensar que su

---

<sup>19</sup> Aparecen citadas en la obra numerosas profesiones manuales tales como: herrero, carpintero, joyero, alfarero, albañil, jardinero, campesino, mercader, zapatero, pescador, cazador etc. Véase SERRANO DELGADO, 1993: 221-225.

oficio era ambicionado por una parte importante de la élite dadas las buenas condiciones de vida que aseguraba. El cargo comporta una serie de privilegios respecto a otros del período. En primer lugar, contaba con una importante ventaja fiscal. También quedaba exento de cualquier tipo de reclutamiento y de realizar trabajos pesados o forzados, como el trabajo de la tierra. Pero sobre todo eran grandes privilegiados porque, a través de la escritura, se les proporcionaba la inmortalidad al formar parte de los elegidos de Thot, dios de la escritura, pues gracias a esta podían conocer los secretos del Más Allá.

Se ha de tener en consideración que la instrucción como escriba no se limitaba a aquellos pensaran en el funcionariado, sino que también otras carreras como el sacerdocio, la medicina, la arquitectura e incluso los artistas, requerían una cierta instrucción en escritura. En el caso de artistas y artesanos resulta más difícil determinar si se les exigía que hubiesen sido educados como escribas o no. Es evidente que escultores y pintores no necesitaban leer y escribir mientras fuesen capaces de copiar lo que había dejado dibujado o escrito el escriba. Consecuencia de ello, en muchas ocasiones se ha considerado el oficio de artista insignificante, opinión que, según Alfred Cyril (2009: 100-101): «Ha ignorado por completo el acercamiento del artesano antiguo con su trabajo». Resulta inconcebible que la nación más artística de la antigüedad y de la cual se puede decir que embelleció todo lo que tocó, no hubiese apreciado la maestría artística.

Una idea que se considera relevante mencionar para concluir este apartado trata sobre la posibilidad de ascenso en la escala social en el Antiguo Egipto. Tradicionalmente, se ha considerado la sociedad egipcia antigua como una sociedad estática, agrupada en torno a la figura de un faraón y con una organización burocrática a su alrededor inmutable (DAUMAS, 2000: 127; MORENO GARCÍA, 2004: 15). Sin embargo, como reconoce Parra Ortiz (2009: 232), la promoción social existió, sobre todo en lo que respecta a los cargos más elevados del estado. El mérito y la capacidad personal eran los primeros elementos a tener en cuenta a la hora de ascender, además de poseer un nivel adquisitivo mínimo, que no todos tenían a su alcance. Pero también el conocimiento de la escritura fue, desde el Imperio Antiguo, un requisito importante para acceder a posiciones sociales elevadas. De hecho, como menciona Garret Perdue (2008: 20-21): «Incluso cuando no eran personalmente ricos y poderosos, los escribas de las filas superiores tuvieron acceso a la élite».

## 4.5 RELEVANCIA ESCRITA EN LA ESFERA RELIGIOSA

Egipto fue uno de los pueblos más religiosos del mundo antiguo. Heródoto, historiador griego del siglo V a. C. afirmaba: «Los egipcios son extraordinarios devotos, más que cualesquiera otros hombres» (II, 37). Lo que más llamaría la atención de escritor jonio en su viaje al país a mediados del citado siglo sería la extrema devoción de sus habitantes (PERNIGOTTI, 1991: 145). Esta idea se ve corroborada en los restos arquitectónicos conservados, donde se aprecia que el templo domina sobre el palacio y sus dimensiones son destacables, lo que según Pernigotti (*ibidem*: 146) parece dar testimonio de una civilización profundamente impregnada de valores religiosos. Además, la mayoría de los textos conservados están grabados en la piedra de templos, tumbas o estelas contribuyendo ello a la interpretación de que los egipcios fueron una civilización obsesionada por todo lo relativo a la religión.

La egipcia también fue una de las primeras sociedades con escritura, y esta desde sus inicios se desarrolló en dos ámbitos fundamentalmente: el administrativo y el religioso (CERVELLÓ, 2015: 225). La trascendental importancia de la escritura para el clero y para la práctica del culto se aprecia en el papel que desempeñaron las escuelas de los templos y en el papel de los sacerdotes como escribas (GODOY, 1990: 57). Con el surgimiento de la escritura, el clero tuvo acceso privilegiado a textos sagrados, los cuales se encargó de custodiar siendo a la vez su primer intérprete.

Los templos eran para la religión egipcia la morada de los dioses y, si las divinidades habitaban en ellos, el orden, la felicidad, y la prosperidad estaban aseguradas en el país. Es por ello por lo que los templos constituyeron un papel importante en la vida moral. El faraón, como sacerdote verdadero del país, confiaba al templo funciones económicas tales como la recepción de ingresos o la distribución de raciones y, a su vez, una serie de dotaciones que permitieran llevar a cabo dichas funciones. Estas consistían en un conjunto de tierras organizadas que proporcionaban rentas para cubrir los gastos del personal del templo y que, según Godoy (1990: 82), llevaron a los sacerdotes a ser más independientes resultado de su posesión de «tierras divinas» y de la exención de impuestos. Así, el templo pasó a ser considerado como una especie de microcosmos autónomo dotado generalmente de viviendas para el personal, graneros de almacenaje, una biblioteca, una escuela de escribas etc. (HAGEN, 2005: 190; GROS DE BELER, 2001: 103).

Se considera relevante tener en cuenta que el templo estaba constituido tanto por la jerarquía sacerdotal -grandes sacerdotes y otros de rango inferior, ambos nombrados por el faraón-, como por aquellos que constituían el personal administrativo y técnico (BAINES, 1983: 585). En relación con el personal administrativo, es reseñable la labor que llevo a cabo el grupo de escribas, sin el cual la organización y gestión del templo no hubiese sido posible puesto que, al igual que se encargaban del funcionamiento de la administración civil, también lo hacían del religioso. Como explica Garret Perdue (2008: 5), los escribas de los templos mantenían sacrificios, gestionaban las ofrendas dirigidas a los dioses, controlaban las propiedades agrícolas adjuntas, los graneros, gestionaban la recaudación de impuestos, realizaban tareas de contabilidad y así, un sinfín de actividades, además de asistir en la recolección, redacción y archivo de los registros producidos.

Es destacable mencionar en este punto cómo la no existencia de separación entre lo civil y lo religioso permitía unas veces al Estado controlar la gestión de los templos y otras veces a los sacerdotes intervenir en los asuntos estatales, es decir: el estado religioso y laico egipcio eran situaciones abiertas e intercambiables. Una misma persona podía reunir cargos sacerdotales y administrativos (PERNIGOTTI, 1991: 159; HUSSON Y VALBELLE, 1998: 91).

La figura del escriba en el plano administrativo del templo fue, al igual que en la estatal, real o provincial, imprescindible. Pero la relevancia de su oficio y de la escritura no se ciñó a esta esfera, sino que resultó ser mayor en el plano ideológico, en la «Casa de la Vida».

#### \*La «Casa de la Vida»

Del egipcio *pr-ankh*, según Somerville (1893: 363): «Parecen haber sido -aunque no siempre- mantenidas por los templos o situadas en edificios adjuntos a los templos más importantes del Imperio». Son escasos los documentos conservados que hacen referencia directa a ella pero permiten que se pueda formar una idea sobre su naturaleza y actividades<sup>20</sup>. Como se puede deducir del artículo de Gardiner (1938: 157-178) se trataba de una institución interesada en infundir vida a la civilización egipcia. Ya ha sido mencionada anteriormente por la relevancia educativa que tuvo para el funcionariado civil pero, en realidad, se trataría fundamentalmente de un centro de cultura sagrada donde se desplegaba la fuerza de los dioses.

---

<sup>20</sup> Para el período estudiado, una mención aparece con el príncipe Mentuhotep en la gran estela Abydene, en El Cairo, el cual recibe el epíteto de «Maestro de los secretos de la Casa de la Vida» (Gardiner: 1938: 160).

El conjunto de divinidades principales que se encargaban de dirigir la «Casa de la Vida» eran la diosa Sechat, deidad de los anales así como de registros y libros, conocida como: «Señora de la escritura»; el dios Thot, dios de la sabiduría, representado en forma de babuino, ibis u hombre con cabeza de ibis<sup>21</sup>, conocido como: «Señor de las palabras divinas»; y por último, Horus, introductor de los discípulos en la comprensión de las escrituras sagradas, conocido como: «Anciano en la Casa de la Vida» (JACQ, 2001: 159-161; CERVELLÓ, 2015: 195). Thot, por su parte, era patrón de los escribas y una de las divinidades más importantes del panteón egipcio. Los propios nativos le atribuyeron la invención de los jeroglíficos, convirtiéndolo así en autor principal de textos sagrados y mágicos, siendo venerado por sus profundos conocimientos y sabiduría. También le fue atribuida la invención de la ciencia y las artes y era el escriba de los dioses por antonomasia. El principal y más conocido atributo de Thot según Fassone y Ferraris (2008: 141-143) era del de «Escriba en el Tribunal de los Muertos de Osiris» (*Fig. 7*).

La «Casa de la Vida» fue el espacio educativo de aquellos que eran preparados para el sacerdocio. Según Garret Perdue (2008: 19), la fama que tenían los sacerdotes de ser sabios, deriva de su pertenencia a dicha institución. Su aprendizaje se basaba en la instrucción completa en el sistema de escritura jeroglífico y en todos los saberes lingüísticos y esotéricos. Los sacerdotes iniciaban a los neófitos en el arte de la escritura, enseñándoles que, a través de los signos jeroglíficos, podían entrar en contacto con la divinidad. Como explica Christian Jacq (2001: 162): «Descifrar los jeroglíficos significaba descifrar las palabras de Dios», por tanto, cabe imaginar que se trataba de un aprendizaje riguroso de la vida espiritual.

La «Casa de la Vida» fue también el centro espiritual donde se copiaron y compusieron textos teológicos y funerarios egipcios, pues se consideraba que la teología era «la madre de todos los conocimientos» además de textos relacionados con el aprendizaje civil: médicos, astronómicos, literarios etc. Todas estas obras citadas se encontraban en la biblioteca sagrada de la «Casa de la Vida» (JACQ, 2001: 162). Los sacerdotes que formaban parte de esta institución poseían el título de «Escribas del libro divino» y el cometido de transmitir el patrimonio cultural que se les había confiado y que se custodiaba en la citada biblioteca mediante la copia de textos antiguos. Consecuencia de esta actividad, las «Casas de la Vida» fueron consideradas cenáculos de cultura puesto que transmitían, a través de la enseñanza, el acervo laico y religioso heredado del pasado (PERNIGOTTI, 1991:170).

<sup>21</sup> Como mencionan Fassone y Ferraris (2008: 142) dicha elección en su representación probablemente estaría ligada a la similitud de comportamiento y aspecto entre dicho animal y el ser humano.

Siguiendo a Gardiner (1938: 176), los «escribas de la Casa de la Vida» eran sinónimo de hombres eruditos. Elaboraron textos que expresaban la importancia de los dioses, de cómo gracias a su actuación la población disfrutaba de prosperidad y seguridad. También compusieron himnos y oraciones. Imprescindibles resultaron ser los textos funerarios que procuraban ayuda y guía al difunto en el camino que debía emprender hasta alcanzar el más allá. Sin duda, *El Libro de los Muertos* era producto característico de esta institución. Las biografías funerarias que decoran las tumbas también fueron relevantes y, en el Imperio Medio, aparecieron los *Textos de los Sarcófagos*, un *corpus* de fórmulas funerarias inscritas en las paredes internas de los ataúdes que derivaban en parte de los *Textos de las Pirámides* del Imperio Antiguo. Como señala Cervelló (2015: 81-82), también se escribieron textos mortuorios privados, esculpidos, o pintados en estelas o en paredes de tumbas que aludían a los *cursus honorum*, méritos y realizaciones de los propietarios del monumento. Por último, redactaron también titulares reales y divinos, así como los conocidos «Anales de los dioses».

Como es apreciable, la escritura tenía un gran peso en el mundo simbólico egipcio. Lo escrito, lo grabado, existía para siempre. Como recuerda Hagen (2005: 65), los escribas tenían asignada la misión de preservar para la eternidad los nombres y actos de los difuntos. Cabe recordar que, el nombre de un individuo era parte esencial del mismo y cuando la muerte le alcanzaba, si su nombre era conservado se aseguraba su supervivencia. El no caer en el olvido tras la muerte era un objetivo que los egipcios nunca perderían pero que no todos podían alcanzar. Es por ello por lo que la sociedad egipcia mostraba gran admiración por quienes sabían escribir.

#### **4.6 EL ESCRIBA: EL ARTE DE SABER LEER Y ESCRIBIR**

Se ha considerado relevante concluir este trabajo realizando un comentario referente a las formas escritas y del lenguaje que fueron utilizadas por los escribas egipcios como medio de transmisión de la cultura, sin dejar de lado los instrumentos que usaron en esta labor puesto que, como señalan Allon y Navratilova (2017: 5), un estudio sobre la figura del escriba no puede omitir sus herramientas.

El material de trabajo utilizado y que caracterizó indiscutiblemente la figura del escriba en las representaciones artísticas fue su juego de escritura. Los principales útiles que empleaban vienen representados con el signo jeroglífico que anota la palabra «zh3.w» y se traduce como: «escriba», «escritura» y/o «escribir» (Fig. 8). Siguiendo la imagen, en primer lugar aparece la

nombrada «paleta del escriba». La más sencilla presentaba una forma rectangular, era de madera, y tenía dos oquedades para albergar la tinta. A partir de la dinastía V su forma se alargó llegando a los 40 cm de alto y dispuso de una hendidura central para cálamos, pasando a sustituir a la paleta tradicional.<sup>22</sup> En el centro, aparece representada una bolsa de cuero para transportar el pigmento en polvo, aunque con el tiempo fue reinterpretada como una jarra de agua. La tinta, para ser usada, había que disolverla en agua y cada vez sumergida daba la posibilidad de escribir de 5 a 9 caracteres. Por último, aparece un estuche de madera cilíndrico en el cual se guardaban cálamos: pequeños troncos de junco o caña tallados y afilados en uno de los extremos con el fin de ser usados como pinceles para escribir<sup>23</sup> (GROS DE BELER, 2001: 146; HAGEN, 2005: 56; AVRIN, 1991: 89).

La simple aparición de la «paleta del escriba» resultó ser un emblema de conocimiento de la escritura y de estatus social. No es por ello sorprendente que los objetos de escritura se encontrasen tanto en tumbas de personajes que portan los títulos de escriba y que han ejercitado actividades escribales como en tumbas de funcionarios que no han ocupado estas funciones, lo cual, según Piacentini (2016: 560) testifica la importancia de la escritura en las creencias funerarias del pensamiento egipcio. Algo similar ocurrió en relación con la representación artística de su figura.

Los escribas constituyeron un grupo tan importante dentro de la sociedad egipcia que se desarrolló para ellos un modelo de representación particular, es decir, contó con una fórmula plástica específica: una figura en posición sedente, con las piernas cruzadas y escribiendo sobre una tabletta o papiro extendido que sostiene con la mano izquierda, mientras con la derecha sujetaba un cálamo (HAGEN, 2005: 56; CERVELLÓ, 2015: 200). Existían sin embargo otras representaciones de su figura que son visibles tanto en bajorrelieves como en pinturas. Cuando era representado trabajando en el campo aparecía de pie, con una tabla extendida en su brazo y junto con otros escribas, llegando a representarse un total de 5. Podía aparecer también en cuclillas, escribiendo sobre un rollo de papiro o de cuero extendido sobre sus rodillas, postura que, según Baines (1983: 257) y Ayrin (1991: 96-97), explicaría su posición de «siervo del faraón».

---

<sup>22</sup> Piacentini (2016: 558) afirma que esta sustitución no es impuesta en su totalidad puesto que se encuentran ejemplos de representaciones de paletas con forma arcaica en algunas estatuas de escribas que datan del Imperio Medio.

<sup>23</sup> Se debe tener en cuenta que el objeto usado para escribir variaría según el soporte de escritura (BÜLOW-JACOBSEN, 2011: 11).

Pero, el hecho de que tuvieran un modelo representativo particular no supone que todos aquellos que siguieran tal modelo fuesen esribas. También podían ser cortesanos o altos dignatarios. De hecho, Baines (1938: 257) señala cómo funcionarios superiores de la administración del Antiguo Egipto fueron eternizados como esribas colocando tales estatuas en sus tumbas. El estatus social que confería la escritura era inherente a la profesión de escriba. Por tanto, ¿qué mejor manera podía tener un oficial de mostrar su estatus que describirse a sí mismo como escriba?

Una vez identificada la figura del escriba y conocido el material que usaban para llevar a cabo su cometido, se considera relevante mencionar los soportes sobre los cuales se usaban los citados materiales y el tipo de escritura que en ellos era inscrita.

Como recuerda Cervelló (2015: 129): «En sus 5000 años de historia documentada, la lengua egipcia fue escrita con cuatro sistemas de escritura diferentes: jeroglífico, hierático, demótico y copto». Resulta importante no confundir lengua escrita con escritura (*Fig. 9*). La lengua escrita durante el Imperio Medio fue el egipcio medio y, en este mismo período, los esribas egipcios usaban dos sistemas de escritura: el jeroglífico y el hierático, que resultaron ser los más longevos puesto que se usaron desde fines del IV milenio a. C. hasta los siglos III – IV d. C. Estos sistemas se diferenciaban por su forma gráfica: mientras el primero consistía en una escritura pictográfica o icónica, el hierático se caracterizaba por ser cursivo, de rápida ejecución y finalidad práctica (*Ibid.*, p. 130-131). Los jeroglíficos serían usados para escritura monumental, sobre materiales de piedra. Por su parte, el hierático sería la escritura principal usada en administración, contabilidad y correspondencia, al igual que en manuscritos religiosos y literarios, grabada sobre todo en papiro u *ostraka*. Una escritura que surgiría consecuencia de la complejidad que adquirió la administración durante el Imperio Medio egipcio, haciendo necesario un sistema de escritura más versátil que el jeroglífico.

Al hilo de ello, sobre las categorías de soportes escriptorios utilizados en el Antiguo Egipto cabe resaltar el papiro, los *ostraka* y las tablas de escritura. El papiro era el sostén escriptorio por excelencia de los egipcios. La materia prima para su fabricación se obtenía de un tipo de caña que vivía agrupada en zonas pantanosas o en aguas con poca corriente. En época faraónica la planta que daba lugar al papiro -*Cyperus papyrus L.*- crecía a lo largo del valle del Nilo, pero su sobreexplotación provocaría a la larga su desaparición (CERVELLÓ, 2015: 201; BÜLOW-JACOBSEN, 2011: 4). Fue el soporte básico usado en administración y para la redacción de textos literarios y religiosos, y soporte reutilizable: mediante lavado se borraba el original y una vez seco podía ser reescrito. Por su parte, los *ostraka* eran fragmentos de cerámica

o lajas de piedra de pequeño tamaño, adecuados para escribir, cuyo mayor uso guarda relación con el aprendizaje de la escritura en las escuelas. Según Garnet Thomas (2004: 126), los *ostraka* eran muy usados tanto por estudiantes como por escribas ya formados y serían el equivalente a nuestro borrador. Los papiros en esta esfera no serían utilizados por su elevado coste, de ahí que la cerámica cubriese el campo de los escritos informales aunque también en muchos de ellos había grabadas copias de obras literarias. Por último, las tablillas de madera eran adecuadas también para la escritura y solían tener un tamaño bastante grande, hasta 53 x 38 cm. Se suele creer que eran fáciles de borrar, ya que en algunas se perciben, debajo del texto conservado, vestigios de escritos anteriores. Estaban recubiertas de una capa fina de pasta endurecida y rayable -identificada en ocasiones con el yeso- y presentaban un uso similar a los *ostraka*.

En relación con la lengua empleada para la escritura, en el Primer Período Intermedio, el Imperio Medio y hasta mitad del Imperio Nuevo -dinastía XVIII- se usó la lengua clásica o lengua egipcia media, que fue uniforme para todo el país y que quedó fijada como lengua de los escribas por excelencia según Cervelló (2015: 65). Fue además el lenguaje más usado en la formación escribal, bien porque ofrecía una base estable para la enseñanza, bien porque en ella existía un *corpus* de obras de calidad que podían ser usadas como ejemplo y ejercicio. Parece ser que los escribas del Imperio Medio emprendieron una labor de normativización que le daría al egipcio medio su carácter académico y culto además de fosilizarlo al alejarla de cualquier otra variante. Esto también ocurriría con la escritura -sus signos fueron reducidos en número y facetas-, algo que parece haber sido consecuencia de la recentralización monárquica tras la fragmentación del Primer Período Intermedio (*ibidem*: 80-81; PADRÓ, 1999: 198).

Para finalizar, conviene tener en consideración la relación existente en el Antiguo Egipto -consecuencia de la relevancia de su legado escrito- entre la figura del escriba y la del dibujante, puesto que los sistemas de escritura y dibujo constituyeron la columna vertebral del sistema de expresión del país. Tiende a considerarse que, en el mismo momento en que los egipcios sintieron la necesidad de escribir, también tuvieron que aprender a dibujar. Toda imagen, todo dibujo que se representase, debía ir acompañado de un texto, si no, era algo inútil, carente de vida. Derivado de ello, texto e imagen - o lo que es lo mismo, escritura y dibujo- eran dos artes especialmente unidas, resultando difícil diferenciar sus tareas, sobre todo si se tiene en cuenta que empleaban el mismo término para los verbos que caracterizan su profesión: *ses*, que significa «trazar».

Se puede concluir que, en relación con la esfera creativa, no se puede separar a los escribas de los arquitectos, dibujantes o pintores: es posible que todos ellos formasen parte del mismo contexto (ROCCATTI, 1991: 101). El escriba dibujaba y el dibujante escribía. No obstante, aunque los escribas dibujasen, eran los artistas o dibujantes quienes ejercían mayormente su profesión y quienes no siempre tenían por qué saber escribir. Esto sin embargo no impedía que, cuando las circunstancias lo requiriesen, algunos escribas asumieran funciones de arquitecto, dibujante o pintor.

## 5. CONCLUSIÓN

Un estudio sobre el escriba resulta ser imprescindible para el conocimiento de los rasgos que caracterizaron la civilización egipcia. El escriba estuvo presente en niveles que abarcaban desde un contador local hasta un escribano real, inscribiendo, clasificando, contabilizando y copiando aquellos documentos que el complejo social egipcio requería, algunos de los cuales quedarían grabados como memoria del país. Una figura cuyo papel resultó ser capital a lo largo de toda la historia del Antiguo Egipto, algo que viene demostrado con la primera referencia conocida que aparece sobre su profesión y que, como indica Williams (1972: 214) se remonta a los *Textos de las Pirámides*, datados en el Imperio Antiguo.

La profesión del escriba durante la primera época imperial fue reservada sólo para fines administrativos y religiosos, para desarrollar un estado que había adquirido complejidad. Pero esta situación se verá alterada a partir del Imperio Medio, cuando tuvo lugar la proliferación de nuevos textos: los literarios, cuya aparición sería incomprensible sin los avatares que rodearon la reinstauración de la monarquía unitaria tras el convulso Primer Período Intermedio. El uso de textos literarios jugó un papel fundamental para combatir ideologías existentes alternativas a la monarquía y para deducir parte del ideario político del estado egipcio dado que, en la literatura del Imperio Medio subyacieron necesidades e intenciones del grupo que controlaba el poder. Dichos textos se encontraban vinculados íntimamente con los procesos políticos e ideológicos que formaron parte del período.

También la influencia de esta figura resultó esencial para la formación de un aparato administrativo fiel a la corona, con la finalidad de recentralizar el poder perdido. El Imperio Medio parece haber sido motivado por un ideal utópico burocrático según el cual la formación de un aparato de gobierno fuerte y eficaz lograría la restauración. Una formación que se conseguiría con la apertura de las primeras escuelas de escribas, encargadas del aprendizaje de quienes formarían el futuro aparato burocrático del gobierno, una apertura que denotó el acceso a una parte más amplia de la población a una educación escolástica. La escritura se convirtió en un elemento esencial en el gobierno estatal para el desempeño de las tareas más relevantes dentro de este.

Es por ello por lo que la figura del escriba conservó una posición privilegiada dentro de la sociedad egipcia. Esta que le vino dada no solamente por ser considerada su profesión como erudita sino también porque contaron con una serie de privilegios que aseguraban su buena condición de vida. Una posición que no necesariamente estaba restringida para personas que

pensaban en el funcionariado sino también en otras trayectorias tales como el sacerdocio, carrera destacada si se tiene en cuenta que la religión en Egipto actuó como conector de las diferentes esferas analizadas durante el presente trabajo. La «Casa de la Vida» fue un lugar de estudios y cuidados y, gracias a la educación que en ella impartían los escribas, se logró el mantenimiento del Imperio egipcio.

Dentro del cargo de escribas había muchos peldaños, resultando complicado catalogar todo el listado de trabajadores vinculados al uso de la escritura. Más aún si se tiene en cuenta que los documentos relativos específicamente a la figura del escriba conservados de la época analizada -y en general, de toda la historia de la civilización egipcia- son escasos. El material administrativo, que comprendía el gran volumen documental que estos elaboraban, se ha perdido en gran medida, si bien son conocidos los ya nombrados papiros de Lahun. Hay también una enorme laguna en el caso de los «Anales reales», de los cuales no se ha conservado ningún fragmento para la época. Se conservan mayoritariamente textos relacionados con cuestiones religiosas debido al material usado para grabar dichos escritos, habitualmente piedra. No obstante, pese a la escasez de fuentes conservadas, es conocido que los antiguos egipcios llevaron a cabo grandes esfuerzos para dejar constancia escrita de sus logros. La escritura era un medio de pervivencia. Lo escrito, en tanto que no fuese destruido, pasaba a ser eterno.

En definitiva, la figura del escriba resultó ser imprescindible para la pervivencia de la civilización egipcia pero, sobre todo, para la transmisión de la antigua cultura que ha llegado hasta nuestros días. La visión moderna del mundo egipcio antiguo se obtiene a través de la lente de un escriba y el uso de la escritura, da pie al surgimiento de la historia.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- Adams R. M., *The Evolution Of Urban Society: Early Mesopotamia and Prehispanic México*, Chicago, 1975 (apud GODOY, 1990).
- Allon N. y Navratilova H., *Ancient Egyptian Scribes: A cultural exploration*, Londres, 2017.
- Assmann, J., *Egipto: Historia de un sentido*, Madrid, 2005.  
-----, *Egipto a la luz de una teoría pluralista de la cultura*, Madrid, 1995.
- Avrin, L., *Scribes, script, and books: The book arts from Antiquity to the Renaissance*, Chicago, 1991.
- Baines, J., «Literacy and ancient egyptian society», *Man*, Vol. 18, No. 3, 1983, pp. 572-599. Versión digital: «<http://www.jstor.org/stable/2801598>».
- Berlev, O., «El funcionario», en DONADONI, S. (ed), *El hombre egipcio*, Madrid, 1991, pp. 109-141.
- Blesa Cuenca, J. L., «El clasicismo en las culturas del antiguo Egipto y Mesopotamia: el zeitgeist del primer tercio del II milenio», *Isimu*, No. 18, 2016, pp. 27-34. Versión digital: «<https://revistas.uam.es/isimu/article/view/7769/8066>».
- Bowman, A. y Woolf, G., *Cultura escrita y poder en el mundo antiguo*, Barcelona, 2000.
- Brunner, H., *Altägyptische Erziehung*, Wiesbaden, 1953 (apud ASSMANN, 1995 y GARRET PERDU, 2008).
- Bülow-Jacobsen, A., «Writing materials in the Ancient World», en BAGNALL, R. (ed.), *The Oxford Handbook of Papyrology*, Oxford, 2011, pp. 3-29.
- Callender, G., «The Middle Kingdom Renaissance (c. 2055–1650 BC)», en SHAW, I. (ed.), *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford, 2004, pp. 148-217.
- Cervelló Autuori, J., *Escrituras, lengua y cultura en el antiguo Egipto*, Madrid, 2015.
- Chapinal Heras, D., «El escriba en Egipto», *Ab Initio*, No. 3, 2011, pp. 3-22. Versión digital: «<http://www.ab-initio.es/wp-content/uploads/2013/03/0301-ESCRIBA.pdf>»

- Cribiore, R., «Education in the Papyri», en BAGNALL, R. (ed.), *The Oxford Handbook of Papyrology*, Oxford, 2011, pp. 320-337.
- Cyril, A., *Los egipcios*, Madrid, 2009.
- Daumas, F., *La civilización del Egipto faraónico*, Barcelona, 2000.
- Fassone, A y Ferraris E., *Egipto*, Barcelona, 2008.
- Frankfort, H. Wilson, J. A. y Jacobsen, T., *El pensamiento prefilosófico. Vol. I, Egipto y Mesopotamia*, México, 1980.
- Gardiner, A., «The House of Life», *Journal of Egyptian Archaeology*, Vol. 24, No. 2, 1938, pp. 157-179. Versión digital: «<http://www.jstor.org/stable/3854786>».
- , «The mansion of life and master of kings largess», *Journal of Egyptian Archaeology*, Vol. 24, No. 1, 1938, pp. 83-91. Versión digital: «<http://www.jstor.org/stable/3854681>»
- Garnet Thomas, J., *El pueblo egipcio: La vida cotidiana en el imperio de los faraones*, Barcelona, 2004.
- Garrett Perdue, L., *Scribes, sages and seers: The sage in the Eastern Mediterranean World*, Göttingen, 2008.
- Godoy, J., *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, 1990.
- González-Tablas Nieto, J., «Explotación de recursos en los márgenes del Nilo durante el Reino Medio: la Dinastía XII», *El Futuro del Pasado*, No. 1, 2010, pp. 237-248. Versión digital: «<http://www.elfuturodelpasado.com/ojs/index.php/FdP/article/view/18/19>».
- Grajetzki, W., *Court Officials of the Egyptian Middle Kingdom*, Londres, 2009.
- Grajetzki, W., «Setting a State Anew: The Central Administration from the End of the Old Kingdom to the End of the Middle Kingdom», en MORENO GARCÍA, J. C. (ed), *Ancient Egyptian Administration*, Leiden-Boston, 2013, pp. 215-258.
- Grajetzki, W., *The Middle Kingdom of Ancient Egypt*, Londres, 2006.
- Gros de Beler, A., *Vivre en Égypte au temps de Pharaon: Le message de la peinture égyptienne*, Paris, 2001.
- Hagen, R. M., *Egipto: Hombres, dioses, faraones*, Colonia, 2005.

- Husson, G. y Valbelle, D., *Las instituciones de Egipto*, Madrid, 1998.
- Jacq, C., *Poder y sabiduría en el Antiguo Egipto*, Barcelona, 2001.
- Kelly Simpson, W., *The literature of Ancient Egypt: An anthology of stories, instructions, and poetry*, Londres, 2003.
- Kemp, B., *El Antiguo Egipto: Anatomía de una civilización*, Barcelona, 2004.
- Largacha Pérez, A., «El saber del palacio y el templo: Las escuelas de escribas en el Próximo Oriente Antiguo y Egipto», *Arbor*, Vol. 184, No. 731, 2008, pp. 403-441. Versión digital: <<http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/viewArticle/191>>.
- Lichtheim, M., *Ancient Egyptian Literature. Vol. I: The Old and Middle Kingdoms*, California, 1975.
- Martin, H-J., *Historia y poderes de lo escrito*, Guijón, 1999.
- Maza Gómez, C., *Las matemáticas en el Antiguo Egipto: Sus raíces económicas*, Sevilla, 2009.
- Montet, P., *Egipto eterno*, Madrid, 1966
- , *La vida cotidiana en Egipto en tiempos de los Ramsés*, Madrid, 1990.
- Moreno García, J. C., «The study of ancient egyptian administration», en MORENO GARCÍA, J. C. (ed), *Ancient Egyptian Administration*, Leiden-Boston, 2013, pp. 1-17.
- Moreno García, J. C., *Egipto en el imperio antiguo*, 2004.
- Padró, J., *Historia del Egipto faraónico*, Madrid, 1999.
- Parra Ortiz, J. M., *El Antiguo Egipto: Sociedad, economía, política*, Madrid, 2009.
- Pernigotti, S. «El sacerdote», en DONADONI, S. (ed), *El hombre egipcio*, Madrid, 1991, pp. 145-175.
- Piacentini, P., «Les équipements de scribe. Des fouilles aux archives», en COLLOMBERT, P. LEFÈVRE D. POLIS, S. y WINAND, J. (eds), *Aere perennius. Mélanges égyptologiques en l'honneur de Pascal Vernus (OLA 242)*, Leuven, 2016, pp. 553-578.
- , *Les scribes dans la société égyptienne de l'Ancien Empire. Vol. I: Les premières dynasties. Les nécropoles memphites*, París, 2002.

- Pinarellos, M., *An Archaeological Discussion of Writing Practice: Deconstruction of the Ancient Egyptian Scribe*, Londres, 2016 (apud ALLON y NAVRATILOVA, 2017).
- Pirenne, J., «L’administration civile et l’organisation judiciaire en Egypte sous la Ve dynastie», *Annuaire de l’Institut de Philologie et d’Historire Orientales et Slaves*, No. 3, pp. 363-386, 1935 (apud POSNER, 1972).
- Posener, G., *Literature et politique dans l’Egypte de la XII dinastie*, París, 1956 (apud BLESA CUENCA, 2016 y ASSMANN, 1995).
- Posner, E., *Archives in the Ancient World*, Cambridge, 1972.
- Renner, T., «Papyrology and Ancient Literature», en BAGNALL, R. (ed.), *The Oxford Handbook of Papyrology*, Oxford, 2011, pp. 282-302.
- Ricoeur, P., *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, 1999 (apud SALEM, 2014)
- Río Alda, A., *Escritura y alfabetización: su impacto en la antigüedad*, Madrid, 2005.
- Roccati, A., «El escriba», en DONADONI, S. (ed), *El hombre egipcio*, Madrid, 1991, pp. 83-106.
- , Roccati, A., *La littérature historique sous l’ancien empire egyptien*, Paris, 1982.
- Salem, L., «Literatura, memoria y política: La construcción del pasado en el Reino Medio Egipcio», *Veleia*, No. 21, 2014, pp. 183-198. Versión digital: «<http://www.ehu.eus/ojs/index.php/Veleia/article/view/13339/14416>».
- Senner, W., *Los orígenes de la escritura*, México, 2001.
- Serrano Delgado, J. M., *Textos para la historia antigua de Egipto*, Madrid, 1993.
- Somerville Laurie S., «The history of early education», *The School Review*, Vol. 1, No. 6, 1893, pp. 353-364. Versión digital: «<http://www.jstor.org/stable/1074487>»
- Te Velde, H., «Scribes and literacy in ancient egypt», en VANSTIPHOUT, H. JONGELING, K. LEEMHUIS, F. y REININK, G. (eds), *Scripta Signa Voci. Studies about Scripts, Scriptures, Scribes and Languages in the Near East, presented to J.H. Hespers*, Gorinchem, 1986, pp. 253–264.
- Trigger, B. Kemp, B. O’Connor, D. y Lloyd, A., *Historia del Egipto Antiguo*, Barcelona, 1997.

- Vandorpe, K., «Archives and Dossiers», en BAGNALL, R. (ed.), *The Oxford Handbook of Papyrology*, Oxford, 2011, pp. 216-255.
- Vidal Manzanares, C., *La sabiduría del antiguo Egipto*, Madrid, 1994.
- Williams, R., «Scribal Training in Ancient Egypt», *Journal of the American Oriental Society* Vol. 92, No. 2, 1972, pp. 214- 221. Versión digital: «<http://www.jstor.org/stable/600648>»

## 7. ANEXO

**Fig. 1:**

Tabla cronológica elaborada a partir de los datos aportados en la obra *Historia de un sentido* de Jan Assmann (p. 560-566) señalando los dos períodos clave en la comprensión el presente trabajo.

<b>Primer Período Intermedio</b> (2150-2040 a.C.)				<b>Reino Medio</b> (2040-1650 a.C.)		
<b>VII<sup>a</sup> Dinastía</b>	<b>VIII<sup>a</sup> Dinastía</b>	<b>IX<sup>a</sup>-X<sup>a</sup> Dinastía</b> (2150-2040)		<b>XI<sup>a</sup> Dinastía</b> (2150-2040)	<b>XII<sup>a</sup> Dinastía</b> (1994-1781)	<b>XIII<sup>a</sup> Dinastía</b> (1781-1650)
«Autarquía»	17-25 Reyes	9-15 Reyes (Heracleópolis)	Tebas	Después de la unificación (2040)		47-62 Reyes
		Kheti		Mentuhotep II. Nebhepetre	Amenenhat (1994-1964)	
		Kheti-Meriibre		Mentuhotep III. Seanchkare	Sesostris I (1974-1929)	
		Kheti-Nebkaure	Príncipe Antef	Mentuhotep IV. Nebtaurie	Amenenhat II (1932-1898)	
		Kheti	Mentuhotep I		Sesostris II (1900-1881)	
		Merikare	Antef I		Sesostris III (1881-1842)	
			Antef II		Amenenhat III (1842-1794)	
			Antef III		Amenenhat IV (1798-1785)	

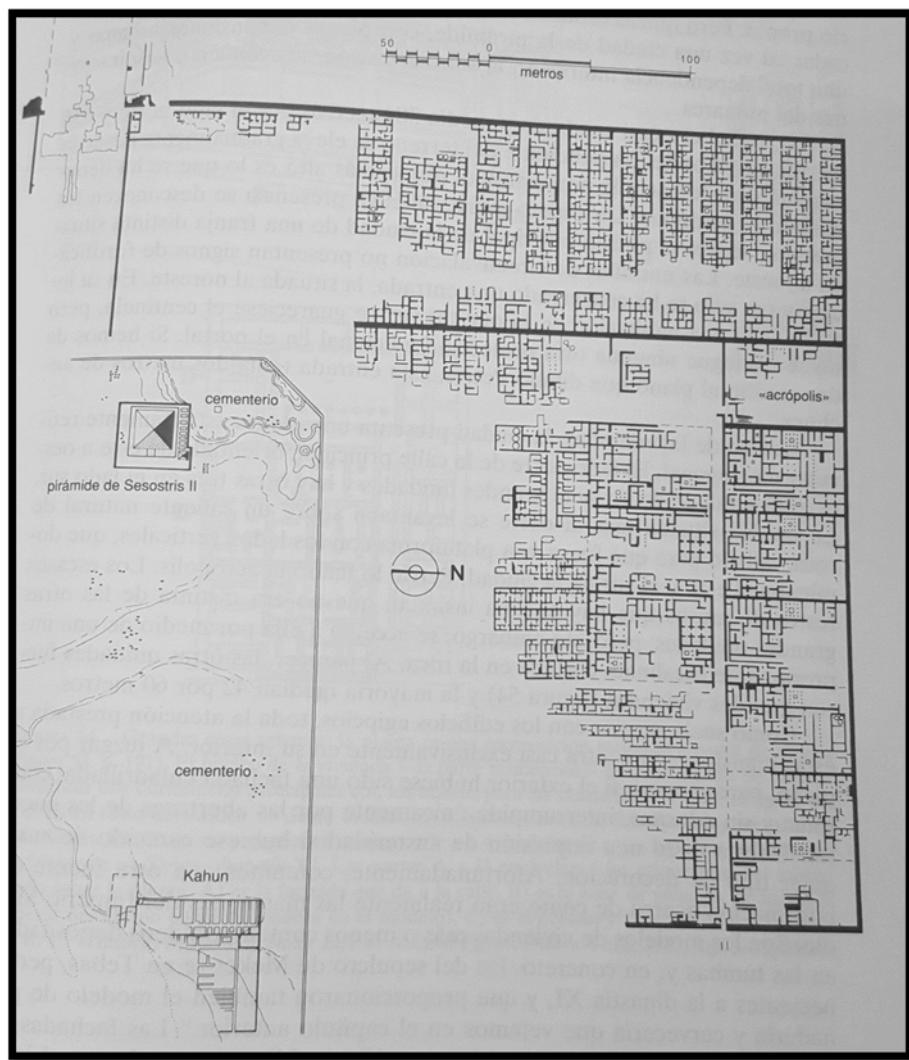
**Fig. 2:**

Transcripción del comienzo del papiro matemático *Rhind*, fuente principal de conocimiento matemático egipcio. Se conserva actualmente en el Museo Británico de Londres y está datado en el Imperio Medio egipcio. El fragmento que aparece a continuación ha sido extraído de la obra *Matemáticas en el Antiguo Egipto* de Carlos Maza Gómez (p. 112).

«Razonamiento exacto para averiguar las cosas, y el conocimiento de todas las cosas, misterios... todos los secretos. Este libro está escrito en el año real 33, mes 4 de Akhet, [bajo la Majestad del] Rey del [Alto y] Bajo Egipto, Awserre, Vida dada, a partir de una copia antigua hecha en el año del Rey del Alto [y Bajo] Egipto, [Nm]atre. El escriba Ahmose escribe esta copia.»

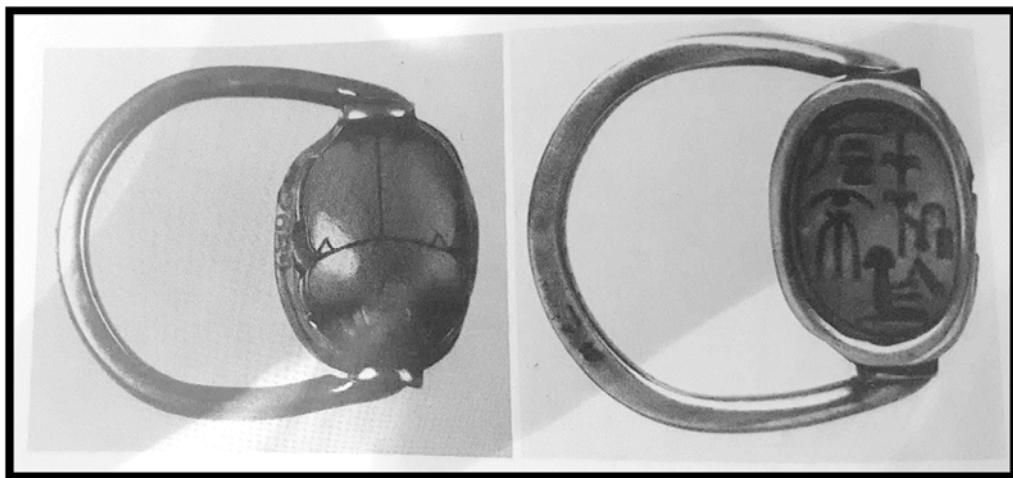
**Fig. 3:**

Plano de la ciudad de Kahun. Ejemplo ilustrativo para conocer la planificación urbana durante el Imperio Medio egipcio. Imagen obtenida de la obra de Barry Kemp: «El Antiguo Egipto: Anatomía de una civilización» (p. 191)



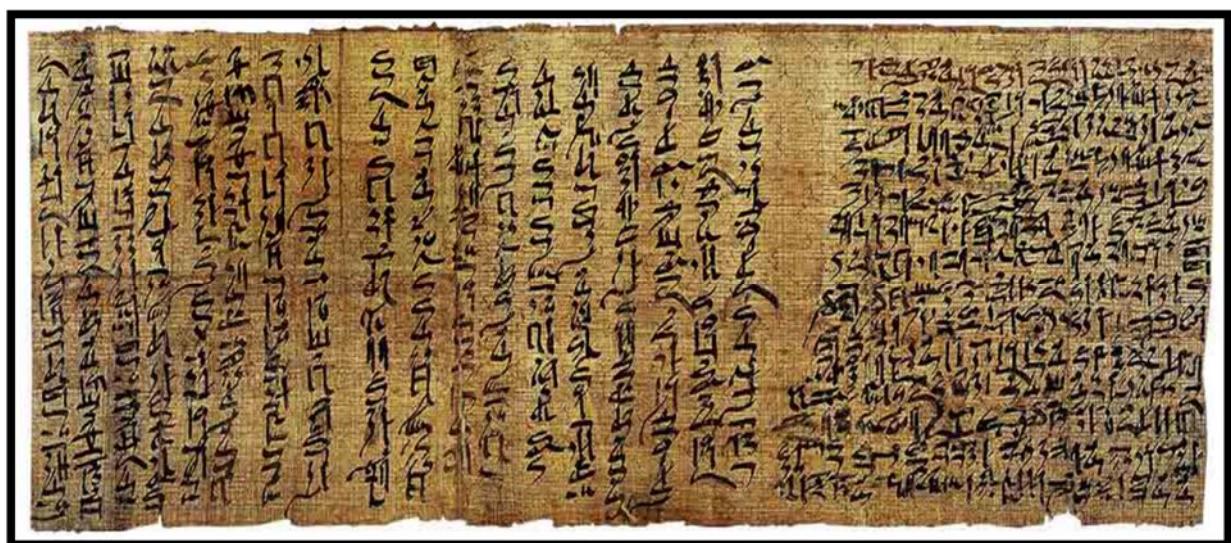
**Fig. 4:**

Sello tallado en forma de escarabajo cuyo propietario fue el escriba real Iahmes. Está datado en la dinastía XVIII y se conserva en el Museo del Louvre de París. La imagen se ha obtenido de la obra de Leila Avrin, *Scribes, script, and books: The book arts from Antiquity to the Renaissance* (p. 90).



**Fig. 5:**

Papiro de Berlín 3022. En él se inscribe la copia más completa conservada de la *Historia de Sinuhé*. Papiro datado en el Imperio Medio egipcio y conservado en el Museo Egipcio de Berlín. Imagen extraída del siguiente enlace: [«http://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/sinhue-aventuras-egipcio-exilio\\_11326/1»](http://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/sinhue-aventuras-egipcio-exilio_11326/1)



**Fig. 6:**

*Onomasticon* de Amenemope. Papiro datado en el Imperio Medio egipcio y conservado en el Museo Británico de Londres. Imagen obtenida del siguiente enlace: «[http://www.britishmuseum.org/research/collection\\_online/collection\\_object\\_details/collection\\_image\\_gallery.aspx?assetId=438609001&objectId=113926&partId=1](http://www.britishmuseum.org/research/collection_online/collection_object_details/collection_image_gallery.aspx?assetId=438609001&objectId=113926&partId=1)»



**Fig. 7:**

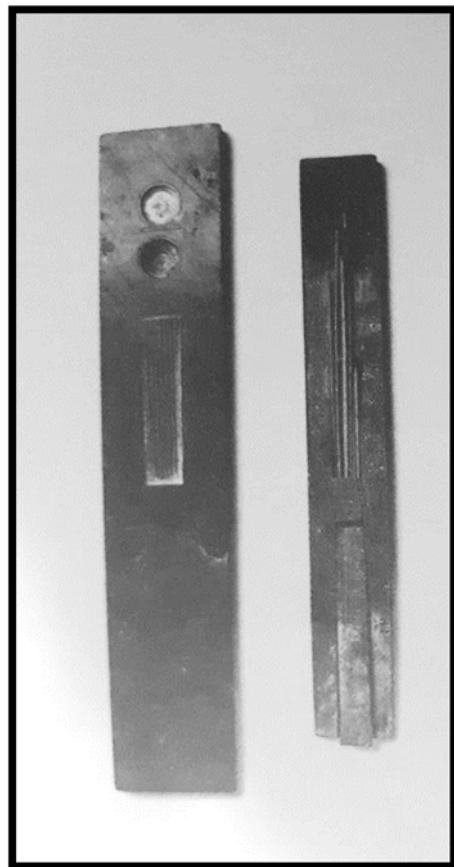
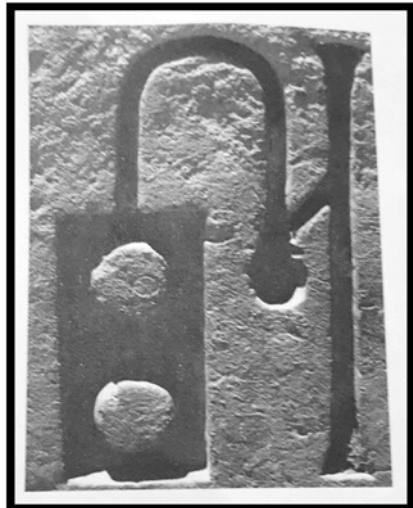
Escena del juicio de Osiris conservada en el Papiro de Ani donde aparece Thot ejerciendo como escriba. Papiro datado en la dinastía XVIII que forma parte de una de las versiones del *Libro de los Muertos* y se conserva en el Museo Británico de Londres. La imagen se ha obtenido del siguiente enlace:  
[«http://www.britishmuseum.org/research/collection\\_online/collection\\_object\\_details.aspx?objectId=113335&partId=1&searchText=ani&page=1»](http://www.britishmuseum.org/research/collection_online/collection_object_details.aspx?objectId=113335&partId=1&searchText=ani&page=1)



**Fig. 8:**

La imagen izquierda representa los principales útiles que contenía el juego de escritura de un escriba egipcio. Se ha obtenido de la obra de Josep Cervelló *Escrituras, lengua y cultura en el Antiguo Egipto* (pp. 198).

En la imagen derecha figuran dos ejemplos de «paleta de escriba», la primera correspondida con una paleta tradicional y la segunda, evolucionada. Datadas ambas en la dinastía XVIII, se conservan en el Museo Metropolitano del Arte en Nueva York. La imagen se ha obtenido de la obra de Leila Avrin, *Scribes, script, and books: The book arts from Antiquity to the Renaissance* (p. 88).



**Fig. 9:**

Fases de la lengua y sistemas de escritura. Tabla elaborada a partir de los datos aportados por la obra *Escrituras, lengua y cultura en el Antiguo Egipto* de Josep Cervelló (p. 67).

FECHAS	PERÍODOS	FASES Y ESTADOS DE LA LENGUA	SISTEMAS DE ESCRITURA			
			Jeroglífico	Hierático	Demótico	Copto
-2200 a.C.	Primer Período Intermedio					
-2050 a.C.	Reino Medio	Egipto medio o clásico	Escritura monumental	J e r o g l i f i c o  c u r s i v o	Escritura cursiva	
-1720 a.C.	Segundo Período Intermedio					